

Cuando muera la magia

Vallay Ramos Smith



Capítulo 1

1. Coras Agaloth

El caballo negro sobre el que iba montado cruzaba el bosque a galope tendido en aquella gélida noche. La ausencia de la luna en el cielo la hacía mucho más oscura de lo habitual, así como el viejo bosque, cuyos árboles alzaban sus ramas retorcidas y desnudas en aquella época del año, haciendo que me estremeciera sin remedio.

Indiqué a mi caballo que acelerara aún más el paso, temiendo perder de vista al jinete que cabalgaba por delante, a una distancia considerable de mí. Podía sentir el aire helado entrando en mis pulmones cada vez que respiraba, llegando a producirme un ligero dolor que me obligaba a toser sin que pudiera evitarlo.

Trataba inútilmente de cubrirme con mi capa, que no cesaba de arremolinarse a mi espalda debido a la velocidad del paso de mi caballo.

-¿No podríamos aflojar el paso? -le pregunté a la figura que cabalgaba delante de mí. Pero no contestó-. No siento las manos, estoy congelándome -insistí ante su silencio.

Sin embrago, el otro continuó sin decir nada y, no siendo aquello suficiente, hizo que su caballo acelerara el paso.

-Supongo que es un "no" -murmuré para mí con resignación.

Continuamos nuestro camino sin mediar palabra alguna, incluso desistí en ponerme a su paso. Tras unos minutos más de viaje, por fin llegamos a nuestro destino. El jinete que me acompañaba detuvo su caballo haciendo que el animal relinchara a la vez que se volvía bruscamente para mirarme.

-Ya hemos llegado.

Poco a poco fui deteniendo mi montura hasta situarme junto al otro elfo. Me indicó con un gesto que mirara hacia mi derecha. Yo obedecí y, al hacerlo, divisé ante mí, a apenas un par de kilómetros de distancia, cómo se alzaba solemne una gran torre oscura, cuya silueta se recortaba contra el cielo estrellado.

Permanecí un instante observándola en absoluto silencio, con el gesto

ligeramente torcido. Miré entonces a mi acompañante.

-Coras Agaloth, la escuela de hechicería de Nuldirth -me dijo en tono seco, respondiendo a la pregunta que, aunque no había formulado, estaba presente en mi mente-. Y el hogar de Alandier, el Archimago Supremo. Permanecerás aquí y aprenderás de él.

Mi gesto se torció aún más.

-Yo no quiero quedarme.

El elfo me miró con severidad.

-Ya lo hemos hablado...

-Pero... -lo interrumpí.

-Y hemos tomado una decisión -dijo tajante-. Tienes el don de la magia, este es tu lugar, el único sitio en el que puedes llegar a ser alguien.

-Yo quiero ser un guerrero -sentenció.

El otro se encogió de hombros.

-No debemos demorarnos -dijo con la intención de cambiar el tema de la conversación-, el Archimago te espera. Te acompañaré hasta la entrada -dijo a la vez que indicaba al caballo que se moviera.

Yo lo seguí.

Continuamos cabalgando por un estrecho sendero que atravesaba una extensa llanura. De nuevo, el otro llevaba la delantera y yo trataba en vano de seguir su paso, de cabalgar lo más cerca posible de él al menos.

A medida que avanzábamos en nuestro camino, veía cómo la torre aumentaba progresivamente de tamaño hasta el punto de sentirme insignificante cuando llegamos a su lado.

Detuvimos los caballos una vez más y alcé la mirada hasta clavarla en lo alto de la torre.

-De modo que este será mi hogar durante los próximos siglos -murmuré para mí.

-Bien, desmonta.

Obedecí la orden sin apartar la mirada de la impresionante construcción. En cuanto me posé sobre el suelo me envolví con mi capa, aunque ni

siquiera aquello bastó para que dejara de temblar.

-Ten -escuché de repente, lo que me sacó de mi ensimismamiento.

Al volverme para encarar al otro descubrí que me tendía el poco equipaje que había traído conmigo.

-Gracias -dije cogiéndolo sin mucho entusiasmo.

Vi cómo volvía a montar sobre su caballo y agarraba al mío de las riendas para atarlo después al suyo. Me miró por última vez.

-No te demores demasiado.

Permanecí un breve instante en silencio, en gran parte debido a la fuerte opresión que sentía en el pecho y que casi me impedía hablar.

-¿V-vendrás a verme? -le pregunté al fin, tras una larga vacilación.

El otro me miró de abajo arriba antes de esbozar una cálida sonrisa.

-Pues claro, tenlo por seguro-. Hizo una breve pausa antes de continuar-. Mucha suerte, hijo.

Y dicho aquello indicó a su caballo que se pusiera en marcha. Permanecí en mi posición, observando cómo se adentraba en el bosque hasta que desapareció por completo en la oscuridad.

Capítulo 2

2. Un elfo peculiar

Tras un breve instante de duda, me eché el equipaje al hombro y abrí la verja que se interponía en mi camino hasta la entrada. Supe al instante que el Archimago había detectado nuestra presencia hacía ya mucho tiempo; realmente no me hubiera sorprendido encontrarlo tras las puertas.

De igual modo llamé pero, tal y como esperaba, las puertas se abrieron solas al instante.

-¿Cómo no? -murmuré para mí mientras cruzaba el marco de la gran entrada.

Me detuve en el recibidor y pude sentir cómo se me encogía el estómago cuando escuché las puertas cerrarse a mi espalda. Dejé caer el equipaje junto a mí y observé la estancia con detenimiento. La luminosidad que inundaba el lugar contrastaba con la oscura fachada que nos había recibido al llegar. Ante mí se alzaba una larga escalera que, a mi parecer, resultaba interminable.

Permanecí un largo instante observando maravillado el recibidor y no fue hasta unos minutos después cuando me percaté de que no había ni rastro del Archimago.

Escudriñé atentamente la escalera, esperando verlo aparecer por algún lugar, pero no había ni un alma aparte de mí. Fruncí el ceño, molesto por tan patético recibimiento e impaciente por no saber lo que tenía que hacer ahora.

Un tanto enojado, me volví dispuesto a recoger mi equipaje del suelo, y fue entonces cuando me vi cara a cara con un elfo. Dejé escapar un grito debido al asombro; quedé tan aturdido que tropecé con el equipaje y caí de espaldas al suelo.

Poco a poco empecé a recuperarme del golpe y entre gemidos de dolor intenté incorporarme sobre los codos y enfocar la vista. Ante mí se alzaba, efectivamente, la espectacular y majestuosa figura de un elfo.

Vestía con una túnica morada que acababa en forma de pico por debajo de sus rodillas, permitiéndome distinguir unas botas color beige; y que dejaba al descubierto parte de su pecho, hasta el comienzo del estómago, mostrando así un singular amuleto con forma de estrella que colgaba de

su cuello. Era delgado, y alto, con la característica piel color azul oscuro de los elfos de las estrellas, repleta de motivos blancos, diferentes en cada elfo. Su cabello blanco caía a la altura de su cintura y sobre su pecho, enmarcando un rostro joven, de rasgos suaves y ojos ambarinos, brillantes y de expresión ligeramente felina.

En cuanto fui consciente de la importancia del elfo ante el que estaba, me levanté de un salto y caí de rodillas a sus pies.

-Archimago -medio tartamudeé debido a los nervios-. Disculpad mis malas maneras, no os he oído llegar.

El otro permaneció un instante en silencio.

-Álzate, por favor, y disculpa las mías. Empleé un conjuro de levitación para no tener que bajar todas las escaleras -admitió con una tímida sonrisa-. En ningún momento fue mi intención asustarte -dijo con un marcado acento propio del centro del reino.

"Pues casi le doy un beso" pensé a la vez que obedecía su orden y me erguía junto a él.

El Archimago me observó de arriba abajo con sus inquisitivos ojos ambarinos y esbozó una media sonrisa.

-Acompáñame -dijo a la vez que me lo indicaba con el dedo, remarcando así su orden-, no nos quedemos aquí, la noche es fría hoy, debes de estar congelado -continuó diciendo con voz calmada mientras se dirigía con paso elástico y elegante hacia una habitación contigua.

Me eché de nuevo mi equipaje al hombro y seguí al elfo. Pude sentir un gran alivio en mis doloridas articulaciones en cuanto notaron el calor del fuego encendido en la sala.

-Siéntate, por favor, y disculpa por el desorden -dijo apilando unos libros que había sobre la mesa-, realmente no esperaba a nadie-. No pude evitar agachar la mirada con una profunda decepción al escuchar aquellas palabras-. Me habéis cogido completamente por sorpresa.

-Pero... la verja estaba abierta, pude entrar sin problemas. ¿Cuándo nos detectó?

El Archimago meneó la cabeza negando.

-No os detecté hasta que os escuché hablando abajo, estaba durmiendo -admitió con una sonrisa algo tímida.

-Lo suponía -dijo con cierto abatimiento.

El otro me observaba con atención.

-Los Archimagos también dormimos -dijo ampliando su sonrisa.

-No, suponía que nadie me esperaba.

Hubo un breve silencio entre nosotros.

-¿Quién era ese que te acompañaba? -preguntó mientras seguía ordenando los libros y pergaminos que tenía esparcidos por los asientos y demás muebles.

-Era mi padre.

Enarcó una ceja.

-Pues anda que entra a saludar, la próxima vez que venga, por favor, dile que no me como a nadie.

-No creo que haya próxima vez -admití.

El mago levantó la mirada de sus libros y la posó en mí.

-Lo siento mucho, no era mi intención...

Meneé la cabeza negando.

-Lo tengo asumido.

El elfo bajó la mirada, dejó por fin sus libros y se sentó en el sillón que había frente al mío.

-¿De dónde vienes? -me preguntó.

-Del Riftag.

-El gran desierto, la frontera con el reino de los elfos de la Luna. Un lugar peligroso, ¿no?

-Uno se acostumbra.

-Por supuesto. ¿Y qué edad tienes?

-Acabo de cumplir los sesenta.

-Eres tan solo un niño.

Permaneció un momento en silencio, observándome.

-Me resultas curioso, tanto por tu color de piel como por tus marcas -dijo señalando los dos motivos triangulares que flanqueaban ambos lados de su mandíbula.

Miré ligeramente mi piel, de un color púrpura azulado.

-Soy mestizo, señor, de un elfo de la luna y otro de las estrellas.

Los ojos del Archimago se abrieron de par en par.

-Impresionante. Entonces juegas con ventaja, tienes facilidad para emplear tanto la magia de las estrellas como la de la Luna.

Sonreí tímidamente.

-Supongo que sí.

El Archimago se irguió en su asiento y cruzó los brazos sobre el pecho.

-Te veo futuro, muchacho, un gran futuro.

-¿Cuándo empezaré?

-No corras tanto, antes tendrás que alcanzar un nivel mínimo. Te asignaré un maestro, alguien que te vaya iniciando en el mundo de la magia.

-¿Cuándo lo conoceré?

-Está delante de ti.

Mis ojos se abrieron hasta no poder más.

-¿Vos seréis mi maestro?

-Si te parece bien.

-Será todo un honor poder aprender del Gran Archimago.

El otro sonrió.

-Me has caído bien. ¿Cuál es tu nombre?

-Araviander, señor.

-Araviander, un nombre propio del Riftag, sin duda. Arav-, que significa "tierra", e -iander, de i anderer, que significa "de nadie"; luego, tu nombre quiere decir "Tierra de nadie", algo que no pertenece a nada ni a nadie, lo que nadie domina... ni puede ser dominado -. Sonreí levemente mientras el Archimago guardaba silencio un breve instante. Vi que clavaba su mirada en el fuego encendido en la gran chimenea que ocupaba la parte central de la sala-. Espero que la insensatez tampoco pueda -murmuró a la vez que dejaba escapar un leve suspiro.

-No señor -dije, lo que hizo que el otro me mirara otra vez y sonriera levemente.

-Tu viaje ha sido largo, debes de estar agotado. Te llevaré hasta tu habitación -dijo mientras se levantaba. Yo lo imité -. Por cierto-, dijo a la vez que se detenía en el marco de la puerta y se volvía hacia mí-, soy Alandier.

El mago me guió por los estrechos pasillos de la vieja torre y después escaleras arriba. Pasamos el primer piso, el segundo, el tercero, el cuarto... hasta que perdí la cuenta.

Estaba completamente agotado, sin fuerzas ni siquiera para poder mantenerme en pie. Casi me daban ganas de tirarme sobre los escalones y pasar allí la noche.

-¿Cuánto queda? -pregunté con notable desesperación.

Alandier se asomó por el hueco de la escalera del piso que había por encima del mío.

-Todavía quedan tres o cuatro pisos más -. Dejé escapar un suspiro de exasperación-. Ya, muchas escaleras. Supongo que ahora entiendes lo del conjuro de levitación... creo que será lo primero que te enseñaré -dijo mientras continuaba como si nada su camino.

Cuando por fin conseguí llegar al piso deseado, me di cuenta de que el Archimago hacía ya rato que había llegado y me esperaba con su característica sonrisa.

"Más fresco que una rosa con sus ochocientos años y yo muriéndome con apenas sesenta" pensé.

-Ánimo, que ya queda poco -dijo con entusiasmo en el tono de su voz.

Lo seguí a través del estrecho pasillo, respirando con dificultad mientras el

otro seguía hablándome.

-Demasiadas escaleras, creo yo. Si volviera a hacer la torre, no pondría tantas-. Hizo una breve pausa antes de continuar-. Por desgracia, ya estaba hecha cuando yo llegué.

-Me he fijado en que el recibidor es mucho más luminoso que el resto de la torre.

El Archimago frunció ligeramente el ceño.

-Pues claro, lo cambié en cuanto me instalé. La escalera medio la soporto, pero eso de entrar y encontrar un recibidor oscuro, viejo y que huele como tal, no, ni hablar, es deprimente. Aquí estamos para enseñar y aprender magia, no para morirnos de asco. ¿Quién iba a querer estudiar en una torre vieja y estropeada?

Miré el pasillo, tan viejo y estropeado como la torre que él describía con tanto desaire.

-Eh... no. Sé lo que estás pensando y no -me dijo de repente, sorprendiéndome-. Es posible que los pasillos estén un poco estropeados, pero las habitaciones están bien equipadas, no te voy a meter en un lugar cutre.

Sentí que me ruborizaba levemente.

-En ningún momento he dudado de vos, Archimago.

Alandier entrecerró los ojos y sonrió con cierta malicia.

-Sí lo has hecho -. Yo no dije nada-. Es esa -dijo señalando una de las puertas.

Al abrirla vi ante mí una habitación inmensa, la más espaciosa que jamás había visto. Constaba de una amplia cama, un escritorio, una estantería, un armario y un espejo. Al fondo de esta había otra puerta y el lateral lo ocupaba una gran ventana.

-Es impresionante -dije casi en un susurro debido al impacto que me produjo.

-Ya te dije que las habitaciones estaban bien amuebladas. La puerta del fondo es el baño.

Me volví hacia Alandier.

-Muchas gracias por todo, Gran Archimago, y disculpad por haberos sacado de la cama tan tarde.

-Lláname Alandier, por favor y... no tiene importancia-. Vi que bajaba ligeramente la mirada antes de continuar-. Siento mucho lo que te ha ocurrido. Cualquier cosa que necesites, no dudes en llamarme, mi habitación es la del fondo-. Posó su mirada en mí de nuevo al tiempo que esbozaba una leve sonrisa-. Bienvenido a mi escuela de hechicería, Araviander.

-Gracias, Alandier -respondí con una leve inclinación de la cabeza.

El Archimago se retiró cerrando la puerta tras de sí. Dejé el equipaje en el suelo y me senté sobre la cama. Desde mi posición volví a inspeccionar la habitación. No podía creer que todo aquello fuera para mí, un día atrás hubiéramos dormido y convivido en un espacio similar mis tres hermanos, mis padres y yo.

En aquel momento sentí que una vez más me invadía una profunda tristeza al recordar que ahora estaba completamente solo, en un lugar que no conocía y que permanecería aquí el resto de mi vida, dedicándome a lo que menos me gustaba: la magia.

Me dejé caer sobre el colchón completamente abatido, incluso sentí que se me empezaban a humedecer los ojos, de modo que me pasé el dorso de la mano para secarlos a la vez que deslizaba la otra hasta la boca de mi estómago, donde descansaba una medalla con la insignia de mi familia.

La sostuve entre mis manos ante mis ojos y permanecí un instante observándola con detenimiento.

-Supongo que ya no la voy a necesitar -dije a la vez que pasaba el cordón por encima de mi cabeza y la dejaba sobre la mesita de noche.

A continuación, me quité la ropa de viaje, dejando sólo la interior, deshice la cama y me metí.

-*Kashaz* -murmuré a la vez que realizaba un rápido movimiento con el brazo, haciendo que la luz que invadía la estancia desapareciera por completo, sumiéndome en la más absoluta oscuridad.

Capítulo 3

3. Archimago Alandier

Poco se sabía del Gran Archimago Alandier más allá de que contaba con una avanzada edad, teniendo ya ochocientos años (puede que más) cuando llegué a su academia. Tampoco había escuchado mucho de él en mi tierra. Se sabía que participó en la batalla contra el Archimago Aravalos, donde resultó gravemente herido en un pulmón; y que tras una larga y pesada recuperación, se instaló en Coras Agaloth por petición del rey de Nuldirth.

Como uno de los cinco Archimagos Supremos, Alandier tenía una gran influencia en el gobierno del reino, hasta el punto de ser necesario su consentimiento para cualquier decisión del rey que implicara a alguno de los sectores destinados a la magia.

El Archimago siempre fue considerado un personaje muy enigmático, por no decir el que más en el reino de las estrellas, y es que rara vez abandonaba su torre. Tanto desconocimiento acerca de su persona había dado lugar a cierta desconfianza hacia él, desconfianza que dio paso al miedo a raíz de una leyenda que empezó a discurrir desde antes de que yo naciera y que afirmaba que, en realidad, el Archimago Aravalos jamás fue derrotado y que empleó su magia para acabar con Alandier y suplantarlo. Aquel bulo era el preferido del Archimago, "¡Qué imaginación tiene la gente!" solía exclamar entre carcajadas, "Ya tuve bastante saliendo de allí con un pulmón menos, créeme, no querría jamás correr la suerte de Aravalos".

También era popular, aunque menos, la historia de un breve romance que tuvo con una elfa de la luna hasta que esta murió de forma accidental. Se decía que fue a partir de ahí cuando el Archimago comenzó a comportarse de un modo extraño, cambiando su personalidad alegre y vivaz por otra melancólica y huraña.

De todas las historias que se contaban de él, la única que pude confirmar desde el principio fue la referente a la herida en su pulmón. Si bien era cierto que no solía darle problemas gracias a la magia, había ocasiones en las que ni esta podía aliviar su mal.

Grande fue el contraste para mí cuando, al día siguiente a mi llegada, tras haber estado hablando la noche anterior con el Archimago y haberlo visto subir las interminables escaleras de la torre por delante de mí, me despertó con las primeras luces Aleurian, un antiguo amigo de Alandier que se dedicó a cuidar de él tras resultar herido y le ayudó a fundar la

academia.

Me dijo que el Gran Archimago requería mi presencia, pero que no se encontraba bien. Sin perder un instante, me arreglé y seguí a Aleurian hasta los aposentos de Alandier. Recuerdo que nada más abrir la puerta me asaltó un agradable y refrescante olor a hierbas que, a su vez, humedecía el ambiente.

La habitación de Alandier no era mucho más amplia que la mía, pero sin duda estaba mucho más amueblada... y ligeramente desordenada; y es que, como tantas veces me confesó él, era nulo a la hora de mantener en orden sus cosas: "Si no las ordeno, me cuesta encontrarlas, lo admito; pero si las ordeno es mucho peor, nunca recuerdo dónde las he puesto, además de que no sé por dónde empezar. De modo que al final siempre acabo empleando la magia para encontrar lo que busco... y desordenándolo todo otra vez" decía antes de reír. "Soy un desastre".

Aquella mañana lo encontré recostado sobre un diván, apoyado sobre algunos cojines que tenía apilados a su espalda, y tapado con una manta a la altura del pecho. Estaba centrado en un libro que tenía abierto y apoyado sobre el vientre. Sus ojos ambarinos estaban fijos en las viejas y raídas páginas mientras su cabello caía en torno a su rostro y sobre el cojín más cercano, de un color rojo vino intenso, produciendo así un gran contraste con el cabello blanco de Alandier.

Si el cabello liso y a capas le daba un aspecto mucho más juvenil, la luz que se filtraba por el gran ventanal que ocupaba el fondo de la habitación no hacía más que acentuarlo. Me acerqué más a Alandier quien, absorto en su lectura, ni se había percatado de mi llegada.

-Gran Archimago -lo saludé, haciendo que levantara la vista del libro y la posara en mí-. ¿Queríais verme?

-Sí, siéntate -dijo con tono alegre mientras cerraba el pesado libro que aún sostenía entre las manos y lo dejaba a un lado. Echó una rápida ojeada a la habitación-. De nuevo, disculpa por el desorden.

-No importa -dije con una sonrisa a la vez que me sentaba junto a él.

-Bien, realmente sólo quería decirte que, bueno, es obvio que hoy no me encuentro bien, de modo que tienes el día libre. Puedes explorar la academia, dar un paseo... lo que quieras. Si mañana estoy mejor te enseñaré la academia como es debido, si no... asignaré a alguien para que lo haga por mí.

-Ya le dije que no era buena idea que acogiera a un aprendiz -dijo Aleurian desde el fondo de la habitación, donde se encargaba de echar

más hierbas a un caldero de agua hirviendo.

Alandier lo miró de reojo y luego me miró a mí con una sonrisa maliciosa.

-Aleurian acaba de ofrecerse voluntario-. Al escucharlo, el otro lo fulminó con la mirada, pero siguió a lo suyo a la vez que meneaba la cabeza en una negación y dejando entrever una ligera sonrisa-. De todos modos, espero estar bien mañana. Esto es realmente aburrido; si no me muero asfixiado, lo haré de desesperación -dijo a la vez que echaba hacia atrás la cabeza, reposándola sobre los cojines.

Aquel gesto me permitió comprobar que su pecho subía y bajaba a una velocidad ligeramente superior a la normal, consecuencia de sus dificultades respiratorias. Permanecí un instante en silencio, pensando en mis siguientes palabras.

-Si quiere... puedo quedarme un rato y hacerle compañía.

El Archimago levantó ligeramente la cabeza y me miró con una mezcla de sorpresa y extrañeza.

-¿Quedarte y hacerme compañía, dices?

Ahora me arrepentía de mi absurda propuesta.

-Como decía que se aburría, pensé que tal vez si me quedaba... no sé... como realmente no tengo nada que hacer...

-Me parece una gran idea, así puedo empezar a ponerte un poco al día - dijo mientras cogía dos libros que tenía sobre la mesa junto al diván y me los mostraba -. ¿Empezamos por la Luna o por las estrellas? Como puedes dominar las dos... -dijo con una sonrisa.

Yo miré ambos libros con cara de espanto. Eran tan gruesos que ocupaban las dos manos del Archimago.

-Eh... hasta ahora sólo he usado la magia de las estrellas.

-Pues las estrellas entonces -dijo dejando el otro libro a un lado.

Escuché que Aleurian reía entre dientes.

-Prepárate, chico -me dijo.

-Bah, ni caso, no es para tanto, ya lo verás.

Gran parte de la mañana Alandier la pasó explicándome el origen de la magia de las estrellas y de la propia raza de los elfos nuldar, conocidos

comúnmente como elfos de las estrellas, hasta que súbitamente cerró el libro y lo dejó a un lado.

-Suficiente por hoy -me dijo con una sonrisa.

-Menudo rollo le has soltado al pobre en su primer día -le dijo Aleurian, a lo que Alandier respondió con una animada risa.

-Por eso, como se estaba durmiendo...

-No, no, era interesante -le dije, tratando de disimular mi auténtico desinterés por el tema.

Alandier enarcó una ceja.

-Pues tienes que ser el único al que le parece fascinante este tema, yo lo encuentro especialmente aburrido -contestó, para mi sorpresa.

-Como todos -dijo Aleurian.

-Ah -contesté realmente sorprendido.

Alandier se rió.

-Te he soltado un buen rollo.

-Y todo eso con un pulmón mal, si llega a tener bien los dos... -dijo Aleurian.

-Hubiera acabado el libro -contestó con un tono algo más pesado, como fatigado, a la vez que se recostaba sobre los cojines de nuevo-. Pero estaba empezando a sentirme un poco mal... es posible que tenga un poco de fiebre... -dijo cerrando los ojos.

Así permaneció un breve instante hasta que volvió a abrirlos y los posó en mí de nuevo.

-Dijiste que venías del Riftag.

-Sí, señor.

-Aravalos también procedía de allí.

Fruncí el ceño ante aquella revelación que ya conocía.

-Sí, señor, lo sabía. Lo sabemos todos en Riftag.

-¿También que era mestizo?

Aquella información hizo que sintiera una gran sensación de vacío en mi interior.

-No, eso no lo sabía.

-Tenía las mismas marcas en la piel que tienes tú, más o menos.

-Bueno -dijo Aleurian-, ya te ha dicho qué personaje conocido proviene de tu lugar de nacimiento, como hace con todos los alumnos.

Alandier se rió.

-Creo que son datos interesantes.

-Pues yo no me siento orgulloso del mío -contesté.

-¿Y eso por qué? -preguntó Alandier, produciéndome una gran confusión.

-Pues ¿por qué va a ser? Se volvió loco e intentó apoderarse de todos los reinos, destruyendo a aquellos que se le oponían. Era un desequilibrado.

-Es posible... sin duda lo era -dijo-, pero también un gran Archimago.

-Un desequilibrado, un loco que se dejó llevar por la magia oscura y por su excesivo poder. Es lo que tiene tanto poder, al final te domina.

-Eso no es así, Araviander, el poder no es el que te hace perder la cabeza, eso va en cada uno, en la fortaleza mental que cada cual tenga. Yo mismo, por ejemplo, tengo exactamente el mismo poder que tuvo Aravalos; y sin embargo no me he ido a conquistar reinos. Pocos somos los que llegamos al rango de Archimago, y de esos pocos, menos todavía estamos realmente capacitados para controlar tanto poder.

-Él usaba la magia oscura. ¿Me diréis que vos también la empleáis, Gran Archimago?

-Desde luego, la he empleado en numerosas ocasiones -dijo con toda la naturalidad del mundo. No pude evitar mirarlo con gran sorpresa y cierto espanto-. No me mires así, tú también la dominarás algún día.

-¿Qué?!

-Lo que oyes, si quieres llegar a Archimago, tienes que aprender a dominar todo tipo de magia; y la magia oscura, te guste o no, forma parte

de dichos tipos.

-Pues vaya -dije de mala gana.

-Bah, pero no es tan mala. Si la usas como es debido puede sacarte de apuros.

-Ya, genial.

Alandier me sonrió. No obstante, la expresión de su rostro cambió súbitamente por un gesto de dolor a la vez que se llevaba las manos al costado derecho. Aquel gesto me alarmó.

-Alandier...

-Estoy bien, se me pasará -dijo. Poco a poco su gesto se relajó y me miró-. ¡Me has llamado Alandier por fin!

Sonreí levemente. Vi cómo Alandier apoyaba la cabeza sobre el cojín y se tendía por completo sobre el diván, cruzando las manos sobre su delgado vientre mientras dejaba escapar un leve gemido.

-Bueno -dijo-, te preguntaría qué te ha parecido la academia, o tu estancia aquí, pero... la escuela no la has visto y sólo llevas aquí una noche.

Permanecí un breve instante en silencio.

-Bueno, vos me habéis sorprendido positivamente.

Alandier, que había cerrado los ojos, los abrió de nuevo y los posó en mí.

-¿Ah sí? ¿Y eso?

Me encogí ligeramente de hombros.

-Por lo que se decía de usted... no sé, no me infundía confianza.

-¿Y qué se decía de mí? Cuenta, por favor -dijo mientras cerraba de nuevo los ojos.

-Está bien... -murmuré para mí mientras pensaba por dónde empezar a contar.

El resto de la mañana entretuve al enfermo mago con bulos e historias absurdas que contaba la gente sobre él. A veces le conseguía arrancar una carcajada, y otras lo escuchaba refunfuñar. Algunas, en cambio, lo

dejaban pensativo.

-¿Qué me dicen qué?! -exclamó sorprendido mientras depositaba el libro, que había vuelto a coger, abierto sobre su regazo.

-Huraño, señor.

-Y melancólico, en resumen, amargado -dijo Aleurian, apoyado sobre el poco respaldo que tenía el diván de Alandier.

El Archimago nos miró a uno y a otro.

-Pues ni estoy amargado ni soy huraño.

-Por eso mismo he dicho que ha sido una grata sorpresa para mí.

-Debéis comprender, Gran Archimago, que el reino piense cosas extrañas de vos. ¿Cuánto hace que no abandonáis la torre para visitar el centro? -preguntó Aleurian.

Alandier frunció el ceño.

-Bueno, igual si el rey no me hubiera enviado a esta torre del año del Éxodo, situada a las afueras del reino, visitaría el centro con más frecuencia.

Aleurian enarcó una ceja ante la respuesta del Archimago Supremo.

-Puede emplear el conjuro de teletransporte.

-Bah -dijo Alandier cogiendo el libro de nuevo-, tampoco es que ocurra nada interesante por allí.

Aleurian rió esta vez.

-Archimago, ¿puedo preguntarle por qué decidieron instalarle aquí? Creía que su función era proteger el reino.

-Y así es -dijo mientras volvía a bajar el libro para mirarme.

-¿Entonces?

-El rey dijo que esta era la zona más desprotegida -respondió Aleurian en lugar de Alandier.

-Eso dijo -afirmó el otro-. Pero no era esa la causa principal para

enviarme tan lejos.

-¿Entonces? -insistí aún más interesado.

Alandier me miró de abajo arriba y esbozó una sonrisa ligeramente burlona.

-Conflictos personales.

Su respuesta me sorprendió enormemente.

-¿Conflictos personales?

-No es que le agrade demasiado mi presencia. Y los pequeños roces que tuvimos no mejoraron nuestra relación -Alandier dejó escapar un leve suspiro-. Estoy seguro de que Aragtrax fue bien recibido.

-¿Aragtrax? -pregunté.

-El Archimago del reino del fuego, fue él quien finalmente consiguió acabar con Aravalos al atravesarle el corazón con su daga. Además -añadió con cierto pesar en el tono de su voz-, gracias a él estoy vivo-. Alandier guardó silencio un instante-. Me pregunto muchas veces si mi recibimiento hubiera sido el mismo de haber sido yo quien hubiera acabado con Aravalos.

Pude percibir que Aleurian bajaba la mirada con cierta tristeza.

-Nwline hubiera muerto de no ser por vuestra intervención -le dijo.

Alandier lo miró.

-Lo está de todos modos -. Guardó silencio antes de continuar-. Al menos conseguimos una relación más estrecha con el reino vecino.

-Disculpad -interrumpí, lo que hizo que ambos me miraran-, ¿quién era Nwline?

-La Archimaga de los elfos de la luna. Se enfrentó a Aravalos junto a nosotros -me explicó Alandier-. Murió hace unos años.

Ambos continuaron con la conversación, sin embargo, yo me quedé pensando en el detalle de la procedencia de Nwline. ¿Podría ser ella la mujer de la que hablaban?

-¡¿Quinientos?! ¿Tanto tiempo? ¿Estás seguro? -escuché que exclamaba

Alandier, sacándome de mis pensamientos.

-Sí... -respondió el otro vagamente a la vez que hacía cuentas con los dedos-. Sí, sí, quinientos.

Alandier se dejó caer de nuevo sobre los cojines del diván, con una cara de sorpresa impresionante.

-¿Tanto tiempo?

-¿De qué? ¿Quinientos años de qué?

-De la muerte de Nwline -me dijo Aleurian.

-Así es, mientras tú vagabas por el universo en busca de respuestas -dijo Alandier a la vez que movía las manos como si se refiriera a un lugar lejano y, probablemente, inexistente-, Aleurian y yo nos hemos dedicado a calcular los años que han pasado desde que murió Nwline. Algo que por cierto, dicho en voz alta, suena un poco extraño.

-Nos hemos dado cuenta de que somos viejos -me dijo Aleurian, comentario que se ganó una mirada de sorpresa por parte del Archimago.

-Eso dilo por ti, yo no -contestó.

Aleurian miró a Alandier con una ceja enarcada, resaltando la situación de este.

-A mí me falla un pulmón, pero nada más -protestó.

-Si le parece poco...

-Bueno, por lo menos yo no me quedo embobado -dijo a la vez que me dirigía una mirada.

Abrí los ojos hasta no poder más debido a la sorpresa al darme por aludido.

-Yo tampoco.

-Vaya que no, si hasta me has torcido los ojos.

Aleurian no pudo contener la risa.

-Perdonad -fue mi respuesta mientras sentía cómo me ruborizaba levemente, haciendo que los dibujos bajo mis ojos desprendieran un ligero

resplandor.

El Archimago me dedicó una leve pero notable sonrisa. Sin embargo, su expresión cambió repentinamente por una mueca de dolor. Se irguió bruscamente hasta quedar sentado sobre el diván, con una mano sobre el pecho mientras intentaba respirar trabajosamente. De repente, un fuerte ataque de tos lo interrumpió, dificultando aún más la entrada del aire a sus pulmones.

Alarmado, abandoné la silla en la que estaba sentado y fui hacia donde él estaba. Me agaché a su lado y coloqué mi mano derecha sobre su hombro izquierdo en un impulso a la vez que Aleurian acudía en su ayuda del mismo modo.

-Alandier -lo llamé con notable preocupación.

El ataque de tos fue disminuyendo tras un gran incremento. Ahora podía escuchar su respiración agitada y los silbidos que esta producía.

-¿Archimago? -preguntó Aleurian en un tono tan bajo que casi pareció un susurro.

-Estoy bien -respondió Alandier con la voz aún entrecortada.

Al separar la mano con la que se había tapado al toser de sus labios pude distinguir un delgado hilo de sangre que los tintaba de un intenso carmesí, y por lo visto no fui el único que se percató de ello. Los ojos de Alandier se abrieron hasta no poder más cuando descubrió restos de sangre en la palma de la mano. Pude notar cierto alarme en su mirada y en el aumento de la velocidad de su respiración.

-Tenga -dijo con suavidad Aleurian a la vez que le entregaba un pañuelo al Archimago, sacándolo así de su ensimismamiento.

Alandier lo miró, cogió el pañuelo y se limpió la sangre.

-Gracias -dijo en un tono casi inaudible.

Aleurian depositó su mano sobre la frente del otro.

-Le ha vuelto a subir la fiebre. Será mejor que descanse un poco.

Alandier no dijo nada, simplemente se tendió de costado, apoyando la cabeza sobre el cojín burdeos, lo que hizo que se le revolviera el cabello y le cayera sobre el rostro, semiocultándose. Vi que ocultaba la mano con el pañuelo ensangrentado bajo el cojín, pero no cerró los ojos. Dejó

escapar un leve suspiro, posiblemente de aburrimiento o exasperación.

Permanecí un largo rato observándolo, sobre todo sus ojos ambarinos, perdidos en la nada y con un brillo febril que le daban una expresión más triste de la que ya de por sí tenían.

Ahora fui yo quien suspiró levemente.

-Será mejor que me marche y os deje descansar -dije, lo que hizo que Alandier me mirara, pero continuó en silencio. Me levanté de la silla, dispuesto a irme bajo la atenta mirada del archimago. Pero antes de marcharme, mis ojos se posaron en el libro que hablaba de la magia de las estrellas. Torcí levemente la boca-. ¿Le importa si me llevo el libro? -le pregunté a la vez que lo señalaba.

El archimago lo miró brevemente.

-Sí, cógelo, no me importa. Coge los que quieras, de hecho -me dijo mientras yo lo cogía.

-Muchas gracias Alan... Arch... Eh... -agarré el libro con fuerza.

El archimago me sonrió.

-Alandier, por favor -dijo.

Asentí con la cabeza.

-Muchas gracias.

Empecé a caminar hacia la puerta.

-Te acompaño -dijo Aleurian.

Se detuvo en el marco de la puerta mientras yo salía de la habitación.

-Bueno chico, que te sea leve -dijo dirigiendo su mirada al libro que tenía entre las manos.

Sonreí.

-Mejor empezar cuanto antes.

-Bien pensado, no creo que el archimago te dé tregua en cuanto se recupere.

-Y voy a necesitar tiempo para asimilar todo esto -dije señalando el libro.

Aleurian asintió.

-Nos vemos luego entonces.

-Sí -respondí a la vez que daba media vuelta, dispuesto a marcharme.

Escuché el chasquido de la puerta al cerrarse detrás de mí mientras empezaba a caminar por el oscuro y solitario pasillo de vuelta a mi alcoba.

Capítulo 4

4. Relatos del pasado

En contraste con los aposentos del Archimago Supremo, al abrir la puerta de mi habitación salió a mi encuentro un gélido olor a humedad y a haber estado desocupada durante mucho tiempo.

Entré y dejé el libro sobre el escritorio, lleno de polvo, por cierto. Pasé mis dedos índice y corazón por la superficie cristalina, llevándome por delante una espesa capa de polvo. Miré mis dedos manchados y torcí la boca ligeramente.

—Voy a tener que hacer limpieza.

Tal y como me había propuesto, el resto de la mañana lo pasé ordenando y arreglando mi habitación hasta que Aleurian me llamó para comer.

Bajé por primera vez las interminables escaleras —y no quise pensar demasiado en cuando tuviera que subirlas de nuevo— hasta la planta baja, donde estaba el gran salón principal; allí Aleurian ya había preparado la mesa. Sin embargo, me sorprendió descubrir que tan solo estaba preparada para dos personas.

—¿Sólo estaremos nosotros dos? —le pregunté cuando lo vi aparecer.

—Sí, Alandier no se encontraba mejor, de modo que lo he dejado durmiendo.

—Y... ¿no hay nadie más?

—En esta época del año no, dejamos que alumnos, maestros y sirvientes se marchen durante el invierno —respondió mientras volvía a entrar en lo que supuse que sería la cocina.

Me senté en silencio y esperé a que regresara. No tardó en volver a aparecer con los platos de comida.

—Elige —me dijo mientras los depositaba sobre la mesa.

Escogí el más cercano a mí. La comida fue silenciosa al principio, pero pronto empecé una conversación.

—¿Cuándo regresarán los alumnos y los maestros?

Aleurian me miró.

—La academia no abrirá las puertas hasta la primavera, de modo que hasta entonces estaremos los tres solos.

Supe entonces que Alandier no bromeaba cuando dijo que Aleurian me enseñaría la academia en el caso de que él no mejorara.

—Por eso nos sorprendió tanto tu llegada —continuó.

Hubo un breve silencio entre nosotros que Aleurian no tardó en romper.

—¿Qué tal el libro?

Sonreí.

—No lo he empezado, estaba terminando de instalarme. Esta tarde me dedicaré a él.

Aleurian sonrió.

—Igual esta tarde te pido que te quedes con Alandier, tengo que ir al reino a recoger algunas cosas.

—Oh, no hay problema.

—Es posible que te suelte otro rollo—. No pude evitar reírme—. En realidad, tener al Archimago como instructor tiene sus ventajas. Alandier te preparará bien.

—Seguro.

De nuevo, el silencio se hizo entre nosotros. Esta vez hasta que acabamos la comida.

—Bueno, debo volver con Alandier, no me gusta dejarlo solo demasiado tiempo cuando está en este estado.

—Ve, ya me encargo yo de recogerlo todo.

—Gracias —dijo mientras se levantaba de la mesa y salía de la sala.

Como le había prometido a Aleurian, me encargué de recoger la mesa y de limpiar los platos y cubiertos que habíamos usado. Después volví a

subir a mi habitación.

Cogí el libro de Alandier y me tendí bocarriba en la cama dispuesto a leerlo. Permanecí toda la tarde en mi habitación, dedicado a la lectura del libro, y no fue hasta que Aleurian llamó a la puerta cuando descubrí que hacía tiempo que me había dejado vencer por el sueño.

Abrí los ojos sobresaltado al escuchar el sonido de su puño al golpear la madera y aparté el libro abierto de mi cara.

—Adelante —dije.

Aleurian abrió la puerta y sonrió divertido al verme restregando los dorsos de mis manos por los ojos, en un intento por terminar de despertarme.

—El libro te ha podido, por lo que veo.

Sentí que me ruborizaba levemente.

—Me temo que sí —admití con una tímida sonrisa.

—Tengo que irme ya.

—Ah, voy —dije levantándome de la cama.

—Está dormido ahora, no lo despiertes al entrar.

—Vale, tendré cuidado —dije mientras cogía de nuevo el libro, pensando que, ya que estaba dormido, podía aprovechar para continuar con mi lectura.

Salí de la habitación y me dirigí a la de Alandier mientras Aleurian se marchaba por las escaleras.

Al abrir la puerta de la estancia del archimago, una vez más me asaltó aquel refrescante olor a hierbas. Atraído por el agradable aroma, entré en la habitación. El ambiente era mucho más cálido allí dentro, sensación que incrementaba la luz anaranjada de la tarde que se filtraba por el gran ventanal.

Me adentré un poco más y descubrí a Alandier profundamente dormido sobre el diván, con la mano derecha sobre la boca del estómago, agarrando el amuleto con forma de estrella del que nunca se separaba, mientras su brazo izquierdo colgaba a unos pocos centímetros del suelo. Su respiración se veía más tranquila, pero de vez en cuando se podía escuchar algún que otro leve silbido.

Dejé el libro sobre la mesa junto al diván e, invadido por la curiosidad, empecé a caminar por la habitación investigando cada rincón. De repente, apoyado en una esquina, descubrí un largo bastón, de más de dos metros de altura y que acababa en un ornamento con forma de garra que guardaba una esfera cristalina de color verde en su interior.

Atraído por el curioso objeto, empecé a caminar hacia él para poder verlo mejor, sin percatarme de la presencia de una pequeña mesa con la que tropecé, produciendo un gran estruendo al tirar algunos libros al suelo, además de hacerme daño en la espinilla.

Me llevé las manos a la zona dolorida e intenté contener un grito de dolor, aunque no pude contener algún que otro gemido. Súbitamente, una suave carcajada rompió el silencio.

—Eso ha dolido seguro —escuché que decía una voz detrás de mí.

Me volví sobresaltado hacia su lugar de procedencia y me encontré con los brillantes ojos ambarinos de Alandier. Lo miré con gran sorpresa.

—Creí que dormíais.

—Sí, pero he despertado —dijo a la vez que se desperezaba.

Miré los libros que había tirado sin querer.

—Perdonadme por haberlos tirado —le dije mientras me agachaba para recogerlos.

—Bah, no te preocupes.

Dejé los libros de nuevo sobre la mesa.

—¿Y Aleurian? —escuché que preguntaba.

—Ha ido al reino para recoger unas cosas.

—Ah, vale.

Miré al Archimago, tendido cuan largo era sobre el diván, con los brazos entrelazados tras la nuca. Mi mirada volvió a posarse en el extraño bastón.

—Veo que te ha gustado mi báculo.

—Yo miraba el bastón, señor, ¿qué es?—pregunté temiendo que se

refiriera a algún otro de los numerosos objetos que había junto a él.

—Mi báculo —volvió a afirmar.

—Ah. ¿Y para qué sirve?

—Es un instrumento mágico —dijo mientras se sentaba en el diván y retiraba la manta.

Traté de detenerlo en cuanto fui consciente de sus intenciones.

—Alandier, no deberíais...

—Estoy bien.

—Pero Aleurian querría que descansárais.

—Ya he descansado bastante —sentenció.

Vi cómo se levantaba y caminaba hacia donde estaba apoyado el extraño bastón. Se detuvo a una distancia considerable de él y extendió el brazo. De repente, como si estuviera dotado de vida propia, el bastón salió disparado hacia la mano del hechicero, quien lo agarró con fuerza.

Alandier permaneció un breve instante observándolo antes de posar su mirada en mí.

—¿Quieres ver lo que hace?

Sentí que los ojos se me abrían hasta no poder más.

—¡Sí, claro!

Alandier sonrió.

—Muy bien —dijo yendo hacia el gran ventanal y abriéndolo.

Salió al balcón y se volvió hacia mí, que estaba parado en el marco de la ventana, observándolo atentamente. El viento arremolinaba su cabello en torno a su rostro y agitaba ligeramente la fina túnica que llevaba puesta, adhiriéndola grácilmente a su esbelta figura.

—Será tan solo una pequeña demostración, un hechizo sencillo. Intentaré ser sutil, pero será mejor que mantengas una distancia prudente.

—¿Donde estoy está bien?

Alandier calculó mentalmente la distancia.

—Sí, yo creo que sí. ¿Listo entonces?

Asentí con la cabeza.

—Bien —dijo mientras alzaba el bastón.

Pude apreciar que la bola de cristal comenzaba a brillar en el breve instante en el que lo mantuvo alzado. De repente, golpeó el suelo con fuerza, clavando la base del báculo sobre la piedra. Pude sentir una fuerte oleada de energía expandiéndose a través del suelo, con tanta violencia que casi me hizo caer de espaldas.

Miré al Archimago, su cabello flotaba en el aire, rebosante de energía a la vez que sus ojos desprendían un intenso brillo verde. Vi cómo levantaba ligeramente el bastón del suelo y dibujaba con él un símbolo en el aire antes de hacerlo desaparecer con un brusco movimiento de la vara para después alzarla hacia el cielo.

Pude apreciar la energía recorriendo su cuerpo hasta la bola de cristal antes de elevarse en forma de rayo hacia las nubes sonrosadas de la tarde.

Yo miré entusiasmado y con el corazón desbocado por la emoción cómo el rayo desaparecía en el cielo. Todavía cuando ya no quedaba ni rastro de él, yo seguía con la mirada clavada en el cielo.

—Veo que te ha gustado —escuché que decía Alandier, lo que me sacó de mi ensimismamiento.

—Ha sido impresionante —dije posando mi mirada en el archimago, que se había apoyado de espaldas a la balastrada, con la mirada clavada en la bola de cristal que adornaba el poderoso instrumento.

—Eran otros tiempos.

Pude percibir cierta tristeza en su tono. Me acerqué a él y me detuve a su lado.

—¿Puedo preguntarle cómo ocurrió? Si no es muy indiscreto.

Alandier posó su mirada en mí.

—¿El qué? ¿Lo de mi pulmón?—Asentí tímidamente con la cabeza. El mago tardó un poco en responder—. Ya casi lo teníamos. Estaba completamente acorralado. Nwline empezó a formular un conjuro de contención que lo derrotaría finalmente y lo confinaría para siempre. Sin embargo... —hizo

una breve pausa—... a Aravalos le dio tiempo a formular un sencillo conjuro de atracción. Recuerdo que me giré y, al ver que venían hacia nosotros unos objetos afilados, ni siquiera lo pensé, me eché sobre Nwline con la intención de apartarla de su trayectoria. Ella resultó ilesa de aquello pero... uno de esos objetos se clavó en mi costado derecho —dijo en un tono algo más bajo—. Todavía hoy puedo sentir su afilada punta abriéndose paso hasta clavarse en mi pulmón. No sé si fue el intenso dolor que me produjo o el helor repentino el que me dejó sin respiración en aquel mismo instante —. Alandier hizo una pausa en su relato—. Es posible que el hecho de no poder respirar se debiera también en gran parte a que la sangre me estaba encharcando el pulmón y la fisura estaba haciendo que se saliera el aire. El caso es que, mientras yo estaba tirado en el suelo, echando espumarajos por la boca y luchando por respirar, el Archimago Aragtrax hundió su daga en el corazón de Aravalos, atravesándoselo y se llevó la gloria. Su victoria lo convirtió en el más importante de los archimagos... y a mí me encerraron aquí —dijo con cierto desprecio en su tono.

Un profundo silencio se hizo entre nosotros repentinamente. Miré a Alandier, quien continuaba con la mirada clavada en su bola de cristal, como si pudiera ver en su interior cada una de las escenas de su relato.

—¿Qué ocurrió con Nwline?

El mago inspiró profundamente antes de contestar.

—Sé que no se apartó de mi lado en ningún momento. Fue ella quien me aplicó los primeros conjuros de sanación para evitar que muriera allí mismo. Por primera vez hubo un acercamiento entre nuestros reinos —guardó un breve silencio—. Murió hace tiempo en una explosión producida por un hechizo que salió mal. Creo que es su hermana la que ocupa su lugar ahora.

Permanecí un instante en silencio, pensando en lo que Alandier acababa de contarme. Me disponía a formularle una tercera pregunta, pero el archimago se me adelantó.

—¿Puedo saber el motivo de tu urgencia para llegar del modo en el que lo hiciste, en mitad de la noche?

Los ojos se me abrieron hasta no poder más debido a la sorpresa que me produjo que tocara aquel tema.

—Fue decisión de mi padre.

—¿Tanta prisa tenía por meterte en una escuela de hechicería?

—No señor, simplemente por deshacerse de mí. No soportaba verme más en aquella casa—. Guardé un breve silencio—. Ni siquiera pudo esperar a que la academia abriera sus puertas.

—Ni a que se hiciera de día—apuntó el archimago—. ¿Puedo saber el motivo de su animadversión hacia ti?

Mis ojos se desorbitaron ante la pregunta tan indiscreta que acababa de formularme el Gran Archimago de los elfos de las estrellas con semejante tranquilidad.

Tardé un poco en contestar.

—Es lo que pasa cuando todos tus hijos son azules con el cabello oscuro... y hay otro que es púrpura con el cabello blanco, como aquella mujer con la que... estuvo —dije a la vez que agachaba la mirada avergonzado.

Podía sentir la mirada del archimago clavada en mí. Dispuso su mano bajo mi mentón y lo empujó suavemente hacia arriba, hasta la altura de su mirada.

—Tú no tienes nada de qué avergonzarte, no fue tu error, aunque hayan querido hacerte pensar lo contrario. Sólo naciste.

Sentí que los ojos se me humedecían sin poder evitarlo mientras Alandier me soltaba. Me pasé el dorso de ambas manos por los ojos intentando secarlos.

De repente sentí la mano de Alandier sobre mi hombro izquierdo.

—Estoy bien —le dije—, lo tenía aceptado ya.

—De acuerdo —dijo en un tono tan bajo que casi pareció un susurro.

Alcé la mirada de nuevo, más recuperado.

—Perdóname Araviander, no era esta mi intención.

—No importa, en el fondo también necesitaba hablarlo con alguien.

Alandier me sonrió; no obstante, pronto su expresión cambió por una de fatiga.

—Será mejor que me siente un rato —dijo mientras se dirigía al interior de su habitación.

Yo lo seguí de cerca por si necesitaba mi ayuda, pero se valió apoyándose

en su bastón. El archimago se sentó en el diván.

—Esto está acabando conmigo —dijo echándose hacia atrás mientras se llevaba la mano que le quedaba libre al costado derecho—, lo noto, cada vez más —. Me acerqué hasta donde él estaba. Cerró los ojos un momento—. ¿Puedes dejar esto donde estaba? —preguntó a la vez que me tendía el báculo.

—Por supuesto.

Cogí el bastón y lo dejé en el rincón donde lo había encontrado al llegar. Vacilé un instante antes de formular la pregunta que llevaba rondándome la cabeza todo el día.

—Alandier, ¿amabais a Nwline?

Hubo un breve silencio que, sin embargo, a mí me pareció eterno.

—¿Qué? —preguntó de repente con tono gélido.

Sentí que mis manos comenzaban a temblar por los nervios, pero me volví para mirarlo.

—Se dice que mantuvisteis una relación con una elfa de la luna, y que murió de forma accidental. ¿Era Nwline esa mujer?

Pude apreciar cierta incomodidad en el gesto del Gran Archimago.

—Vaya, esa pregunta sí que es un poco atrevida, ¿no lo crees?

Su respuesta me hizo sentir algo avergonzado al ser consciente de mi intrusión en su vida privada. Rápidamente agaché la cabeza.

—Disculpadme, no era mi intención resultar impertinente.

El archimago torció la boca en una leve y divertida sonrisa.

—Impertinentes han sido también mis preguntas —me dijo. Hubo un breve silencio entre nosotros—. No era Nwline, pequeño curioso, aunque se podría decir que me dejó sin aliento —dijo retomando su humor divertido, hecho que me relajó. Me senté en la silla que había junto a su diván—. No era ni siquiera una elfa.

Aquella revelación me dejó completamente fuera de lugar.

—¿Entonces?

Alandier me miró.

—Era humana.

No pude evitar echarme hacia atrás debido a la sorpresa.

—¿Humana? —casi exclamé.

—Sí, estuvo conmigo durante mi recuperación, fue uno de los médicos que me asistió y me ayudó mucho.

—Pero, ¿humana?

Alandier se rió.

—Sí, Araviander, sí, una humana.

—Pero, pero...

El otro se rió de nuevo.

—Y fui yo quien se enamoró de ella. La traje aquí, de hecho, y estuvimos conviviendo —. Permaneció un momento en silencio, ya no sé si para dejarme digerir toda esa información o porque nuestra conversación había removido recuerdos enterrados en la memoria del archimago—. Aún hoy la puedo ver caminando por los pasillos, bailando en el jardín con su vestido de seda blanco, o sentada en la fuente —me dijo, con la mirada puesta en algún lugar lejano—. Estaba dispuesto a dejar la magia para estar con ella, todo, hasta iba a renunciar al título de Archimago pero... no pudo ser —dijo en un tono mucho más bajo—. No tuve el valor suficiente, mejor dicho. Elora me entregó su vida entera y yo no fui capaz de hacer ni eso por ella —. Guardó un breve instante de silencio—. Creo que nunca me lo voy a perdonar, Araviander.

Tardé un poco en contestarle, pensando en si debía o no formularle la pregunta que me rondaba la mente desde hacía un rato.

—Dispara —dijo de repente el archimago dirigiéndose a mí.

—¿Qué le ocurrió? —le pregunté por fin.

Alandier esbozó una sonrisa burlona que contrastaba enormemente con su mirada triste.

—Y remata —dijo con pesar.

Sentí que me ruborizaba, arrepentido por mi pregunta.

—No respondáis si no queréis.

El otro tardó un momento en contestar.

—El tiempo se la llevó —posó su mirada en mí—. Lo siento, no hubo accidente trágico. Empezó a envejecer y a deteriorarse, poco a poco al principio, pero llegó un momento en el que el cambio era constante. Pasó sus dos últimos años en la cama, sin poder moverse casi.

Sinceramente, aquello me pareció mucho más trágico que cualquier accidente, hasta el punto de quedarme sin palabras durante un largo rato.

—Por suerte —continuó—, como elfo de las estrellas, puedo controlar su magia —dijo mientras cogía el amuleto que colgaba de su cuello—. Son memoria. Gracias a esto puedo verla cuando duermo.

No pude evitar sonreír.

—Después de ella no ha habido nadie más —me dijo.

—¿Por qué? —pregunté con sorpresa.

Alandier bajó ligeramente la mirada antes de volver a posarla en mí.

—Estaba enamorado de ella —fue su respuesta—. La amé desde el principio hasta el final, y aún hoy, aunque no esté, la sigo amando —. Ambos nos quedamos un largo rato en absoluto silencio. De repente, me miró de nuevo —. ¿Alguna vez has estado con una mujer? —me preguntó—. ¿Has sentido sus caricias? ¿Sus besos? ¿Su cuerpo bajo tus manos? ¿Su calor?

Sentí un hormigueo recorriéndome el cuerpo ante sus palabras, invadido por una extraña sensación de anhelo al pensar en el cuerpo femenino que nunca antes había sentido.

—No señor, nunca —dijo con cierta timidez.

Alandier me miró de arriba abajo y esbozó una leve sonrisa.

—No, por supuesto, no eres más que un niño, apenas un adolescente —. Guardó un breve instante de silencio antes de proseguir—. Algún día lo descubrirás, el amor en su estado más puro; y entonces me comprenderás —dijo antes de volver a posar su mirada en el amuleto que

sostenía entre sus manos.

Yo, por mi parte, permanecí un largo instante sumido en mis pensamientos, recreando una y otra vez la historia del archimago, imaginando a aquella mujer vestida de blanco bailando en el jardín o entre los brazos de Alandier. Una vez más, mi cuerpo fue sacudido por aquella extraña sensación de anhelo ante el ferviente deseo de que mis brazos rodearan un día también el cuerpo de una mujer.

Capítulo 5

El libro

Alandier no logró recuperarse lo suficiente como para poder mostrarme la academia al día siguiente, de modo que fue Aleurian quien finalmente se encargó de enseñármela —, a excepción del ala oeste de la planta baja, que el archimago se empeñó en enseñarme personalmente—. Aleurian siempre mantuvo que aquellos altibajos eran normales, que siempre le había ocurrido. No obstante, su gesto delataba su creciente preocupación, la sensación de que las cosas no iban del todo bien.

—Y hasta aquí nuestra visita —dijo de repente Aleurian a la vez que se detenía bajo una de las enredaderas que adornaban el patio y se volvía para mirarme.

—Buf... si tuviera que volver solo ahora a mi habitación, creo que no sería capaz de encontrar el camino.

Mi comentario arrancó una leve sonrisa al preocupado semblante de Aleurian.

—En una semana sabrás orientarte en ella como si hubieras vivido desde siempre aquí.

—Eso espero.

Me dedicó una tenue sonrisa antes de regresar a sus cavilaciones. Permanecí un breve instante observando al elfo ante mí. Era ligeramente más bajo y estrecho de hombros que Alandier, dándole un aspecto más frágil. El color azul claro de su piel, mezclado con el púrpura de los dibujos

que la adornaban y el cabello negro delataban su origen norteco.

—Estoy deseando que acabe el invierno —dijo de repente

—A mí tampoco me gusta el frío —coincidió.

Aleurian rio ante mi comentario.

—No es eso, es por Alandier, siempre mejora para la llegada del buen tiempo. Por eso abrimos la academia en primavera. Aunque... —hizo una breve pausa—... hace ya un par de años que también tiene altibajos por esa época—. Dejó escapar un ligero suspiro—. Supongo que era cuestión de tiempo que empeorara. Tanto él como yo sabíamos que llegaría este momento, pero creo que aún no estoy preparado. —Aleurian bajó ligeramente la mirada —. Deberíamos volver, tengo que ayudar al archimago con algunos asuntos.

—Y yo tendría que estudiar.

—¿Necesitas que te guíe? —preguntó con tono divertido.

—Eh... sí —admití.

—Acompáñame entonces.

Seguí a Aleurian de vuelta al pasillo en el que se encontraban nuestras habitaciones. Cuando llegamos, descubrimos que la puerta de la habitación de Alandier estaba abierta.

—Ya debe de estar levantado —dijo Aleurian mientras iba hacia la habitación del otro.

Decidí seguirlo para saludar al archimago. Cuando entramos, lo encontramos sentado tras su escritorio, con un buen montón de hojas de pergamino ante él.

—Alandier —lo llamó Aleurian.

El otro levantó la mirada del pergamino y la posó en nosotros. Sonrió ampliamente.

—Buenos días a los dos —contestó.

Entramos un poco más hasta situarnos frente al escritorio.

—¿Cómo se encuentra hoy?

—Bastante mejor que ayer, pero con frío.

Aleurian torció ligeramente la boca ante las palabras del otro.

—Vale —dijo apoyándose sobre la mesa.

Alandier me miró entonces a mí.

—¿Has visto ya la academia?

—Sí, señor.

—¿Y qué te ha parecido?

—Este sitio es inmenso, todavía tardaré días en aprender a orientarme.

Alandier se rio.

—A nosotros nos pasó lo mismo cuando la pisamos por primera vez.

Aleurian asintió con una sonrisa divertida.

Me acerqué un poco más hasta el escritorio, invadido por la curiosidad y clavé la mirada en el gran montón de folios que Alandier tenía apilado junto a él; y detrás de este, otra buena columna de sobres cerrados.

—¿Qué son? —pregunté.

—Solicitudes —dijo—, para presentarse a la prueba de Archimago.

—¿Todas estas?

—Todas estas —dijo con cierta desgana.

—Las pruebas tendrán lugar la semana que viene —me informó Aleurian—. Pero para que puedan presentarse, el Señor Archimago debe contestarlas todas antes —dijo mirando a Alandier.

—¿Tú has visto todas las que son? —dijo a la vez que cogía una de ellas—. No me creo que no haya otro archimago en todo el reino. A finales del otoño consiguieron el título tres más.

—Pero no son el Archimago Supremo ni tienen una academia donde evaluar a los estudiantes.

—Pff...—dijo rotando los ojos y echándose ligeramente sobre la mesa—, se la regalo.

Aleurian se rio.

—Que se divierta —le dijo al tiempo que cogía una de las solicitudes y le echaba un vistazo por encima.

—Mucho —contestó Alandier con sarcasmo antes de echar mano a uno de los sobres, abrirlo y empezar a leer la carta que guardaba—. No me fastidies, este chico ni siquiera es de este reino.

—¿Cómo? —dijo Aleurian, levantando la vista de la solicitud que

curioseaba.

—Este es del reino del fuego. ¿Tampoco hay un Archimago Supremo en el reino de Hadox? Porque, si no me equivoco, Argtrax sigue en activo.

—Es posible que el mensajero se haya equivocado —dijo con indiferencia a la vez que volvía a posar la vista sobre el pergamino que tenía entre las manos.

—No, el sello es el de Coras Agaloth, y en la solicitud expresa que quiere que lo examine yo. Lo que no entiendo es por qué.

—No sé, no sé... bueno, sus exámenes son a finales de primavera y a comienzos del otoño; mientras que los nuestros son a finales del otoño y a comienzos de la primavera. Tal vez los que no pasaron la prueba en otoño están intentando probar suerte ahora otra vez.

—Hummm... sí, es posible que sea así —dijo a la vez que mojaba la pluma en el tintero que tenía junto a él y firmaba el folio.

—Bueno —dije—, yo debería ir a estudiar ya.

Mi repentino comentario hizo que ambos posaran su atención en mí.

—Quiero empezar cuanto antes el libro que me llevé prestado ayer —añadí.

Alandier esbozó una sonrisa que reflejaba cierta satisfacción.

—¿Por qué no te traes el libro y lees aquí? Así podré ayudarte si te surge alguna duda.

Asentí con una sonrisa.

—Voy.

Sin perder un instante, fui a mi habitación en busca del libro. Una vez que lo tuve entre mis manos, regresé con la misma rapidez. En cierto modo, pese a mi reticencia hacia las artes mágicas, arcanas o lo que fuera aquello que iba a estudiar allí, lo cierto es que el hecho de sentarme frente al mismo escritorio que Alandier y estudiar junto al poderoso archimago provocaba en mí una extraña y hormigueante sensación de ilusión que me recorría el cuerpo.

Cuando regresé, Aleurian ya había abandonado la habitación y tan solo quedaba Alandier tras el amplio escritorio, rodeado de solicitudes. Entré con paso ligeramente vacilante hasta detenerme a unos metros de él.

—Ya estoy —mi voz denotó más timidez de la que realmente sentía, pero de igual modo, hizo que el mago alzara la vista de su trabajo y la posara en mí.

Esbozó una alegre sonrisa.

—Genial, coge esa silla. Menos mal, estar solo realmente me aburre... y las solicitudes más todavía —dijo al tiempo que regresaba su atención a la tarea que se traía entre manos.

Mientras él hablaba, yo me acerqué hasta la silla rodeé el escritorio y me situé a su lado. Alandier, por su parte, se dedicó a hacerme un hueco apartando algunos objetos que tenía sobre la mesa.

—Algún día lograré poner la habitación en orden —me dijo con su habitual sonrisa burlona. — No te voy a mentir, me sorprende que hayas decidido empezar a estudiar hoy. Lo cierto es que esperaba que te dedicaras a explorar un poco.

—Sí... bueno, he pensado que cuanto antes haga el primer contacto por mi cuenta, mejor —improvisé.

Lo cierto es que esperaba sonsacar algo más al archimago, algún dato más sobre él o vivencias interesantes, tenía más de ochocientos años, algo podría contar seguro.

Pero la jugada no me salió demasiado bien. Alandier demostró tener una gran capacidad de concentración cuando quería, y casi no nos dirigimos palabra alguna. Esperé y esperé, pero estuvo casi toda la mañana enfrascado en su tediosa tarea.

Yo, por mi parte, lo cierto es que intenté con todas mis ganas avanzar en la lectura, pero mi vocabulario era casi tan limitado como mi capacidad para la lectura y no entendía ni la mitad de lo que decían los textos. Aquel hecho contribuyó a que no tardara en aburrirme y dejara de intentar leer para pasar a curiosear las raídas páginas del libro.

—Si tienes alguna duda, puedes preguntarme —me dijo de repente Alandier, lo que hizo que levantara la cabeza ligeramente sobresaltado.

—Sí —contesté sin ser capaz de ocultar del todo mi sorpresa.

Y justo en aquel instante, como si hubiera sido cosa del destino, di con una página que llamó especialmente mi atención.

Junto al retrato realizado en tinta y carboncillo de un elfo aparecía el imponente nombre de Aravalos.

Incapaz de contener mi curiosidad, empecé a leer la poca información que ponía acerca de él, donde lo describían como un Gran Mago prestigioso a la temprana edad de ciento dos años, habiendo sido capaz de controlar con suma facilidad la magia de las estrellas y de la luna con tan solo sesenta y ocho años. Se le profetizaba un gran futuro.

No obstante, me sorprendió descubrir que no mencionaba ni una sola palabra de su... pequeño desvío de trayectoria.

Miré a Alandier.

—Apenas se menciona a Aravalos en este libro. —dije con gran sorpresa.

—Cierto, sale muy poco. —fue la respuesta de Alandier, quien no había apartado la mirada del folio que tenía ante sí.

—¿Se os menciona a vos? —pregunté denotando cierto entusiasmo.

Alandier me miró y me dedicó una leve sonrisa.

—En ese no, es más viejo que yo. Si no me equivoco, menciona la etapa

de Gran Mago de Aravalos.

—Sí.

—Por aquel entonces yo no estaba ni pensado.

—¿Le conoció? —pregunté aún más interesado.

—Sí —dijo sin mucho entusiasmo—, me dijo que tenía menos futuro en la magia que un zapatero entre los halfflings.

No pude contener una leve risa ante el comentario.

—Es obvio que no prestó atención a sus palabras.

—Para nada, incluso le dije en la cara que pensaba seguir adelante tan solo para que viera que estaba equivocado y que tendría que tragarse su arrogancia —, aprobé y celebré su actitud—, luego lo mandé a paseo —aquella revelación hizo que me golpeará la frente con la palma de la mano, sin dar crédito a lo que acababa de decirme—. Más tarde me arrepentí, porque me tocó de maestro durante dos años.

—Vaya.

—Sí, vaya.

Hubo un breve silencio, durante el cual volví a fijar la mirada en el libro.

—Entonces sí que es antiguo este libro.

—Esta torre también le perteneció en su tiempo.

Lo miré sorprendido.

—¿De verdad?

Alandier asintió con la cabeza.

—Ya te puedes imaginar mi cara cuando me mandaron aquí.

"Un poema" pensé mientras volvía a mirar la imagen y fruncía el entrecejo.

—Ya podrían haber profetizado sus delitos de igual manera.

Escuché que Alandier reía entre dientes antes de suspirar profundamente.

—No fue una buena persona. La ambición lo cegó demasiado. Pero, muy a mi pesar, tengo que admitir que ha sido uno de los mejores archimagos que han pisado los reinos. Nadie, nadie sabía tanto como él de los distintos campos de la magia, de alquimia, de ciencia, de... todo. Claro, que ninguno estudió tanto como él.

Lo miré con gran sorpresa.

—¿Y ... qué pasó con todos esos estudios?

El archimago esbozó una sonrisa torcida.

—Lo apuntó todo en libros, y los guardó en su habitación. Su intención era que nadie pudiera acceder a ellos, por ello se aseguró de tenerlos siempre bajo su custodia. No quería que nadie descubriera sus investigaciones, sus averiguaciones. Pero ahora él ya no está, y la torre, con todo lo que hay en ella, me pertenece.

Por primera vez, lo miré con una extrañeza que casi rozaba la desconfianza; pero Alandier estaba tan concentrado en su tarea que ni se percató de ello.

—¿Habéis accedido a ellos? —pregunté por fin.

El archimago me miró, con su habitual sonrisa amable y cálida, casi tanto como su mirada; no obstante, en aquella ocasión, percibí cierto brillo en sus ojos dorados que impidió que bajara la guardia como en otras ocasiones.

—Por supuesto que sí. No me mires así —dijo ampliando su sonrisa, supongo que al percibir cierta desconfianza que no pude ocultar del todo—, cualquier mago, archimago o Consagrado, hubiera hecho lo mismo de haber estado en mi lugar. Es conocimiento, Araviander, mi deber es ponerlo al alcance de otros magos.

"O al vuestro" pensé sin poder evitarlo, aunque me arrepentí al instante, temiendo que Alandier pudiera haber percibido mi pensamiento. Pero, o no lo hizo, o hizo la vista gorda.

El mago volvió a su trabajo y yo al mío, sin poder evitar pensar que tal vez Aravalos no era el único al que cegaba la ambición; aunque, sinceramente, esperaba estar equivocándome.

Capítulo 6

Una partida de Tharul

Durante el resto de la mañana y parte de la tarde, continuaron llegando cartas a la torre. No obstante, el estado de Alandier empeoró con la llegada de la tarde. Aquejado por altas fiebres y fuertes ataques de tos, se vio obligado a dejar la tarea para continuarla al día siguiente.

Aleurian decidió que bajáramos a la sala de estar, que estaba en la planta baja, pues iba a encender la chimenea y el calor le vendría bien a Alandier.

Una vez allí, el archimago se cubrió con una gruesa manta y se tendió en un confortable diván con respaldo. A pesar del calor que hacía en la habitación, hasta el punto de verme obligado a quitarme la capa con la que me cubría, Alandier no dejaba de tiritar; hasta que por fin pareció quedarse dormido.

Cansado de tanto silencio, abandoné el sillón sobre el que me había sentado, y me dirigí hacia la cocina, donde Aleurian preparaba algo al fuego. Al sentir mi presencia se volvió para mirarme y me sonrió.

—¿Qué tal tu segundo día en la torre? —me preguntó.

Me encogí ligeramente de hombros y esboqué una tímida sonrisa.

—Bien, creo. —De repente escuché toses, lo que me hizo volverme hacia la sala contigua y posar mi mirada en el respaldo del diván, no sin cierta preocupación. No pude evitar pensar que mi padre se había equivocado al enviarme aquí—. Se ha puesto realmente mal de repente.

—Sí, le pasa a menudo. No te preocupes, empezará a encontrarse mejor en cuanto se tome esto —me dijo al tiempo que vertía en un vaso el líquido que estaba calentando al fuego—. Con un poco de suerte, mañana podrá enseñarte lo que queda de la academia. Le hacía ilusión ser él quien te la enseñara y.... teniendo en cuenta las salas que te quedan por ver, creo que es lo más apropiado.

Cogió el vaso y lo llevó hasta la mesa baja de cristal que había junto al diván de Alandier. Yo, por mi parte, volví a sentarme en el sillón.

—Asegúrate de que se lo bebe en cuanto se despierte, yo tengo que preparar la cena—me pidió Aleurian.

—Claro.

—Estoy deseando que vuelvan los cocineros —escuché que decía mientras se alejaba.

Eché un vistazo al archimago. Dormía profundamente y no tenía pinta de que se fuera a despertar en breve, de modo que cogí un libro cualquiera de las estanterías que ocupaban la habitación y me dediqué a ojearlo.

No sé cuánto tiempo habría pasado cuando escuché que Alandier se removía un poco, lo que hizo que apartara la mirada del libro para posarla en él.

Tendido de espaldas sobre el diván, observaba el techo con mirada ausente.

Carraspeé un poco, tratando de aclarar la garganta y de llamar su atención a la vez. El archimago reparó entonces en mí.

—Eww... Aleurian había dicho que se tomara eso cuando se despertara —lo informé, no sin cierta cortedad.

Alandier pasó su mirada de mí al vaso y la volvió a mí. Asintió en silencio con una leve inclinación de la cabeza al tiempo que esbozaba una media sonrisa.

Se incorporó un poco más y alcanzó el vaso. Yo estaba a punto de volver al libro cuando Alandier llamó de nuevo mi atención.

— ¿Puedes traerme las cartas que dejé sobre mi escritorio? —me preguntó, pude apreciar que con la voz algo ronca. Aunque no fui el único al que sorprendió aquel detalle, ya que el mago se llevó la mano derecha a la garganta y carraspeó un poco. — Vaya vocecita —dijo, con la voz ya más aclarada.

—Claro, voy a por las cartas —contesté a su anterior pregunta y dejando a un lado el libro.

Sin perder un instante para no pensar demasiado en la cantidad de escaleras que me tocaba subir ahora, me dirigí hacia la habitación de Alandier.

Solo cuando abandoné la sala de estar, me di cuenta de que la tarde estaba llegando a su fin. A través de las ventanas se filtraba una cálida y reconfortante luz anaranjada que iluminaba y daba algo de alegría a los oscuros pasillos de la torre.

Por fin llegué a la habitación del archimago. En cuanto abrí la puerta, volvió a asaltarme el característico olor a hierbas que, mezclado con los tonos del atardecer, hacían de la cálida habitación una estancia realmente agradable, si no fuera por el desorden que reinaba siempre en ella.

Esquivando pergaminos, libros, sillas, evitando tocar amuletos, con cuidado de no tirar ningún frasco con pociones o lo que fueran y agradeciendo que no tuviera mascotas, alcancé el alborotado escritorio. Por suerte el montón de cartas estaba a la vista. En cuanto las tuve en la mano, volví sobre mis pasos de regreso a la sala.

Cuando llegué, Alandier todavía no había acabado de tomarse la bebida, aún le quedaba la otra mitad. Me acerqué y se las entregué. El archimago, más despejado y animado, dejó el vaso a un lado y las cogió.

—Gracias, chico —me dijo con una amplia sonrisa.

Acepté su gratitud con un asentimiento de cabeza y, a continuación, me retiré de nuevo al sillón.

Alandier empezó a remover los numerosos sobres que le había entregado y, entre tanto, Aleurian se acercó y observó al mago con curiosidad.

— ¿Ya volvéis a estar enfrascado en vuestra tarea?

—Sí — respondió Alandier sin apartar la mirada de los sobres. — Ya he descansado un rato y me siento mucho mejor. Leeré las solicitudes y separaré en un montón a los que admitiré en este examen y en otro a los que lo harán a finales de otoño.

—Bien, me alegra que hayáis recuperado las fuerzas tan pronto.

El archimago respondió con un asentimiento de cabeza a la vez que cogía el vaso y tomaba otro trago.

De repente, una de las cartas llamó especialmente su atención e hizo que la observara con más detenimiento. Los ojos se le abrieron al máximo mientras dirigía su mirada a Aleurian.

—Oh, oh, Aragtrax. ¿Qué querrá? — Dijo a la vez que abría la carta y comenzaba a leer—. "Estimados señores, os envío mis más cordiales saludos...", vale —dijo apartando la mirada de la carta para posarla en nosotros—, mis temores eran ciertos.

— ¿El qué? —Preguntó Aleurian—. ¿Qué le envíen cordiales saludos?

—No, que va a haber una reunión.

—Eso no lo sabe, ni siquiera ha empezado a leer el contenido de la carta.

—No me hace falta, "cordiales saludos" podría traducirse como "reunión de magos, os vais a morir"; pero eso no queda bien ponerlo—. Miró a Aleurian, quien a su vez lo miraba con una ceja enarcada—. No me crees, ¿eh? Muy bien, la leeré para ti —. Alandier se aclaró la garganta antes de continuar—. "Os escribo para comunicaros que tendrá lugar una reunión..." —. Alandier hizo un alto para mirar de nuevo a Aleurian—. Oh, vaya, mira por dónde, es una reunión —. Aleurian rotó los ojos, pero no dijo nada—. "...durante la primera semana de Ìthiil." ¿Qué? ¿Y no puede ser en este mes, que me estoy tocando las narices?

Aleurian se encogió de hombros.

—Bueno, piense que mientras usted no hace nada, ellos están en pleno curso.

Alandier recapacitó un instante.

—También es verdad.

—Además, el invierno aquí es más llevadero, pero en otros lugares se quedan completamente aislados y no pueden viajar hasta casi mediados de la primavera.

—Cierto, cierto, no lo había pensado. Bueno, pues nada, toca reunión —dijo doblando de nuevo la carta e introduciéndola entre el cinturón y la túnica. —Qué bien —dijo con auténtica desgana.

Aleurian rio por lo bajo.

—Bueno, os dejo con vuestras solicitudes, tengo que acabar la cena.

Alandier estuvo gran parte del tiempo clasificando las solicitudes. Tan sólo cesó para cenar y, para cuando regresamos al salón, ya no tenía ninguna gana de continuar con la tarea.

Fue entonces cuando sacó un juego de cartas de uno de los bolsillos de su túnica.

—¿Te apetece jugar? —Me preguntó a la vez que me mostraba el montón de cartas.

Le eché un vistazo por encima y pregunté de qué juego se trataba para fingir algo de interés, que no sentía realmente.

—Tharul —contestó.

Por fortuna, era un juego muy popular del Riftag—, de hecho, fue allí donde se creó—; y por tanto, conocía las reglas; aunque nunca se me dio demasiado bien.

— De acuerdo — dije finalmente.

En el fondo, a pesar de que no me apetecía nada jugar, no consideré que fuera una buena idea declinar la propuesta de Alandier.

Me senté en frente del archimago, que se sentó con las piernas cruzadas y empezó a repartir.

Mientras, yo iba cogiendo las que me daba para que no se perdieran entre la manta o los cojines. Entonces me di cuenta de que era un juego de cartas realmente antiguo a juzgar por las ilustraciones y el tratamiento de las propias cartas.

—Me sorprende que haya un juego como este aquí. Además, es muy viejo —dije tras un breve silencio.

—Lo encontré hace unos días en un almacén de la torre. Posiblemente lo trajera Aravalos en su tiempo. Pero me pregunto con quién jugaría.

No pude contener una ligera risa.

—Tal vez por eso estaba guardado en un almacén —apunté.

Alandier estalló en carcajadas.

—Eso sí que ha sido bueno.

Estuvimos jugando un rato, es posible que echáramos tres o cuatro partidas antes de que Alandier se tumbara hacia atrás, recostándose contra el brazo del sofá con signos de fatiga y malestar.

— ¿Se encuentra bien? —le pregunté con notable preocupación.

—Me está empezando a doler la cabeza otra vez.

Asentí.

—Será mejor que lo dejemos por ahora —dije mientras empezaba a recoger las cartas.

—Sí... —coincidió Alandier, dándome las cartas que aún sostenía en su

mano derecha—. De todos modos, estaba perdiendo... otra vez.

No pude evitar reírme, aunque en cuanto vi que Alandier cerraba los ojos con cierta pesadez, recuperé la seriedad.

— ¿Le duele? —le pregunté de repente, haciendo que abriera los ojos de nuevo y los posara en mí—. La herida —le aclaré.

El archimago sonrió y meneó la cabeza en una negación.

—Estoy bien chico, no te preocupes.

—Creo que debe de ser agobiante, que le falte el aire, quiero decir.

—Oh, sí, lo es. Pero créeme, he estado peor, por mucho que diga Aleurian. Tuve una infección, ¿sabes? Esa es la auténtica causa de mi estado. La herida se infectó poco después de recibirla y a pesar de los cuidados.

—No lo sabía —contesté a la vez que agachaba ligeramente la mirada, volviendo así a fijarla en las cartas.

—Pero no importa —escuché que decía con un tono más alegre, haciendo que levantara la vista de las cartas para volver a posarla en él. Entonces vi que sonreía de nuevo—, la otra opción era peor. Al menos estoy vivo.

—Eso sí —coincidí.

De repente, mi mirada se posó en el amuleto con forma de estrella que colgaba de su cuello. La luz del fuego encendido en la chimenea se reflejaba en la brillante superficie pulida, así como en los ojos ambarinos de Alandier, aportándole un aspecto mucho más sobrenatural del que ya de por sí reflejaba.

—Veo que te ha gustado el amuleto —me dijo al tiempo que lo cogía entre sus esbeltas manos y me lo mostraba.

Mis ojos se clavaron en él con fijeza.

— ¿Para qué sirve? —le pregunté.

Alandier me miró brevemente antes de contestar.

—Tiene muchas funciones —dijo—, entre ellas está la de curar heridas leves o aliviar las graves e incluso las mortales; la posibilidad de ver el pasado, el presente y el futuro; y.... la posibilidad de comunicarte con los muertos. Está tallado en obsidiana —continuó el archimago—, y el adorno del centro es cristal de roca...

— ¡Magia negra! —exclamó Aleurian surgiendo de repente de detrás del diván, haciendo que el archimago diera un respingo a causa del susto mientras se llevaba la mano derecha al pecho.

Miró a Aleurian con el ceño fruncido.

— ¿Te has propuesto provocarme un ataque al corazón? —le dijo, pero Aleurian lo ignoró por completo y continuó con la mirada fija en el

colgante.

—Es magia negra, brujería, esa cosa guarda la magia más sucia que puedas encontrar. ¡Está maldito!

Miré a Alandier con sorpresa, quien rotó los ojos con exasperación ante las afirmaciones de Aleurian.

—Exagerado —dijo—. Es cierto que tal vez la magia que almacena no es la más pura de todas, pero... no es tan mala. Lo que pasa es que no le gusta la magia.

Aleurian lo miró con el ceño fruncido.

—No es eso, sé a quién perteneció.

Alandier sonrió.

—Sí, ¿y?

—No debió cogerlo —le reprochó al archimago—. Vuestro mismo código os lo prohíbe.

— ¿Vuestro código? —le pregunté intrigado a Alandier.

—Sí. Por respeto, cuando un archimago muere, queda completamente prohibido apropiarse de sus posesiones. A menos, claro está, que él

mismo especificara que quería cedérselas a alguien.

—Aunque eso no es válido si la persona a la que se los cede fue la causante de su muerte.

Alandier se encogió de hombros.

—Yo no lo maté; de hecho, casi me mata él a mí.

—Tampoco recuerdo ninguna nota en la que le cediera sus posesiones.

—No —coincidió Alandier sin más—, pero es que Aravalos no hubiera cedido ni sus vestimentas más viejas. Además, yo era su aprendiz—. Hizo una breve pausa —. Ese código es una estupidez. Sabes que no estaría como estoy de no ser por este amuleto.

—Lo sé —medio gruñó —, pero no me gusta.

Alandier esbozó una media sonrisa.

—No te gustan los magos.

Aleurian lo miró.

—No tengo nada en contra de los magos... pero no me gustan sus trucos.

Alandier sonrió de nuevo.

—Y vives rodeado de ellos —. Aleurian lo miró de soslayo—. Sé que el amuleto es peligroso, sé que su magia es oscura... y sé que es difícil de controlar. Pero... por eso lo tengo yo.

Aleurian soltó un bufido.

—A veces os comportáis como un saqueador —le espetó, ante mi sorpresa.

Absolutamente sorprendido y preocupado por la represalia ante semejante falta de respeto, dirigí mi mirada hacia el archimago con la respiración contenida. Para mayor sorpresa, Alandier se dedicaba a observar al otro elfo con una sonrisa socarrona.

—Lo soy, uno muy práctico —le respondió sin reserva alguna. Luego me miró con aquella enigmática mirada suya, acentuada en aquella ocasión por el reflejo de las llamas en sus ojos, dotados ya de por sí con un brillo febril, y me sonrió con cierta malicia.

Aleurian frunció aún más el ceño.

—Alandier Darmalian —dijo con cierta desgana—, sois un pésimo ejemplo.

La sonrisa del archimago se amplió. Yo, por mi parte, sentí gran curiosidad por las últimas palabras de Aleurian.

— ¿Alandier Darmalian? —pregunté reflejando al completo la curiosidad que sentía.

—Humm... sí, así es —dijo a la vez que cogía el montón de cartas que tan escrupulosamente había ordenado yo y lo aseguraba con el cordón de antes—. Es mi apellido, designa el clan al que pertenezco. El clan Darmalian no es de los más numerosos, pero es bien conocido por sus magos y hechiceras de primera. De hecho, somos el único clan que ha dado tres Archimagos Supremos.

Lo miré con gran asombro.

— ¿De verdad?

—Yo soy el tercero. Y si todo fuera bien y el rey no decide cambiar de parecer, puesto que el cargo es hereditario, mi hijo sería el cuarto. Claro que no hay hijo y el rey me tiene entre ceja y ceja. Mis encantos no han funcionado con él.

—El clan Darmalian también es famoso por sus saqueadores —apuntó Aleurian con cierta malicia, y al perecer poco conforme con el final que se había dado a la conversación anterior.

Alandier enarcó una ceja con expresión divertida.

—Sí, como bien he dicho antes, yo fui uno muy bueno. Recuerdo que una vez le metí la mano en el bolsillo al mismísimo Aravalos siendo yo un mocoso de diez años, en la tienda de Alviaron.

Aleurian lo miró con sorpresa.

—Vaya, vaya, un niño travieso. ¿Y cómo acabó?

—Pues mal, ¿cómo iba a acabar? Me pilló y me electrocutó con un rayo, el condenado.

—Es que ya hay que tener mala cabeza para ir a robar a un archimago.

— ¿Y yo qué sabía? Lo único que veía era que vestía muy bien luego, tenía dinero, y yo hambre. Eso era a lo que nos dedicábamos los niños.

—Podría haber usado otra técnica, estoy seguro de que hay otras formas de conseguir comida y dinero —le dije.

Alandier se encogió de hombros.

—También utilizábamos la magia, aunque la mayoría de las veces era porque un clan se quería vengar de otro, de modo que no era magia muy limpia. La jefa del clan es "La abuela", aunque realmente es mi tatarabuela, pero todos la llamamos "La abuela"; Luvanna. Era la esposa del primer archimago Supremo, una hechicera de gran talento, muy hábil en la magia, en especial en las artes oscuras. Ella nos enseñó a mis hermanos, mis primos y a mí a realizar todo tipo de hechizos. Con tan solo diez años, ya sabía manejar a la perfección todos los hechizos de artes oscuras. Fue así como acabé bajo la protección de Jhalex, un Gran Mago del reino del fuego que me acogió como su aprendiz sorprendido por mi habilidad. "La abuela" se encargó de que los aprendiera bien.

Hizo una breve pausa durante la cual invitó a Aleurian a una partida de cartas, aunque este, al igual que yo, parecía más interesado en la historia del archimago, de modo que rechazó el ofrecimiento; a lo que Alandier

respondió con un encogimiento de hombros que denotaba indiferencia.

—Aunque no lo parezca —continuó—, yo soy el mayor de mis hermanos. Soy mayor incluso que Alevan, uno de mis primos. Pero nací más débil, y la falta de alimento no mejoró la situación. Si conseguí vivir fue gracias a ella, que se encargó de cuidarme. Aunque a menudo se quejaba porque lloraba demasiado cuando era pequeño: "Lloras como un condenado, maldita ardilla gritona", me dijo una vez.

Aleurian no pudo contener la risa, lo que hizo que el archimago lo mirara.

—Qué cariñosa.

—A ver, es un poco fría, pero nos quiere mucho, en especial a Alevan y a mí, pues de pequeños éramos los más avanzados en el arte de la magia.

—Y Alembert —apuntó Aleurian, por lo que se ganó una furiosa mirada por parte de Alandier.

—Hace tiempo que ya no lo consideramos de la familia. Él decidió marcharse.

—Vos también os marchasteis.

—No. Yo siempre he sido y seré leal al clan, a Luvanna. Antes y después de ser archimago Supremo. Alembert no.

—Habláis como si Luvanna estuviera por encima de la figura del

archimago Supremo —resopló el otro con cierto fastidio.

—No por encima del archimago, pero sí de Alandier. Ya lo he dicho, no estaría aquí de no ser por ella.

Las palabras de Alandier me hicieron ver que la mentalidad de los clanes de las ciudades no era mucho más avanzada que la de las tribus salvajes del desierto; de hecho, casi podría afirmar que, de tener que elegir, el archimago escogería antes a la jefa de su clan que al mismísimo rey.

Aleurian no añadió nada más, simplemente se acercó y se dejó caer en el sillón en el que antes había estado yo, con aire ausente. Alandier volvió a ofrecerle una partida, que Aleurian rechazó una vez más.

—Creí que esos tiempos habían quedado atrás —le dijo el archimago con tono burlón.

—Mi animadversión hacia usted sí, pero aún hoy continúa la que siento por los juegos.

El archimago esbozó una vez más su habitual sonrisa burlona.

—Ya veo. Bueno —me miró entonces a mí—, ¿tú qué dices? ¿Te apetece echar otra partida o prefieres que siga contando anécdotas?

Esbocé una sonrisa ladeada.

—Igual podemos hacer ambas cosas —contesté.

El mago esbozó una nueva sonrisa, esta vez más complacida que burlona.

—Me gusta la idea —manifestó mientras desliaba otra vez el montón de cartas—. Última oportunidad —le advirtió a Aleurian.

Este rotó los ojos, pero acabó acercando su sillón al diván de Alandier y aceptando las cartas que el archimago le repartió.

— ¡Fantástico! Me alegra que por fin hayas decidido unirme. —Aleurian respondió con un resoplido. — Esa es la actitud que me gusta, isí señor!

Alandier acabaría convenciéndonos para echar tres partidas de tharul hasta que finalmente decidimos acostarnos. No obstante, mi mente estaba en todo menos en la partida; estaba en las historias que contábamos, en el misterioso colgante de Alandier, aquella estrella de obsidiana que, al parecer, guardaba una historia tan oscura como la misma piedra en la que estaba tallada; estaba en los no menos misteriosos y hechizantes ojos dorados del archimago. En aquellos ojos analíticos de expresión inteligente y ligeramente risueña, dotados siempre de un brillo febril; y cuyo trasfondo era completamente indescifrable para mí. ¿Qué historia guardaría tras ellos?

Capítulo 7

El salón de las estatuas

A la mañana siguiente acompañé al archimago hasta el ala oeste de la planta baja. Para mi sorpresa, no llevaba una de sus túnicas elegantes y ligeramente ostentosas; sino una sencilla y austera de color negro pero que, a pesar de su corte sobrio, enmarcaba su esbelta figura.

En la mano derecha portaba su báculo.

—¿Va a usarlo? —le pregunté por fin, sin poder ocultar mi entusiasmo, cuando entramos en un largo y oscuro pasillo cuyo final era una gran puerta doble de madera.

Alandier miró el báculo brevemente y me sonrió.

—Esta vez no, tan solo lo voy a dejar en la sala donde guardamos los objetos encantados y tal. De hecho, es ahí a donde nos dirigimos hoy, tenía pensado enseñarte algunos amuletos para que empieces a tener contacto con ellos.

A pesar de la emoción que me produjo conocer nuestro destino de aquel día, no pude evitar que una profunda tristeza me invadiera al imaginar a aquel excepcional instrumento olvidado en una habitación y llenándose de polvo.

—¿Por qué lo vais a dejar ahí? —acabé preguntando sin poder evitarlo.

Alandier se encogió de hombros.

—Supongo que ya habrás notado la reticencia de Aleurian hacia la magia. Los bastones como este almacenan un gran poder, y a Aleurian no le hacía gracia que estuviera por la habitación.

—Pues vaya —dije, haciendo evidente mi decepción.

A lo que Alandier respondió con una suave carcajada.

—Pues vaya, con lo que te gustaba observarlo cada vez que entrabas en la habitación.

Sentí que me ruborizaba levemente, verificando las palabras del archimago de forma inconsciente, lo que le hizo sonreír ampliamente.

Al instante, mi mente se trasladó al momento en el balcón de la habitación de Alandier en el cual hizo su primera demostración de poder ante mí. Recordé la excitación que me invadió cuando sentí el suelo temblar bajo mis pies; así como el recuerdo de la brillante, y a la vez fulminante, luz del rayo que invocó iluminando mi rostro y cegándome durante un breve instante.

Rememoré la imagen, majestuosa y terrible al mismo tiempo, que evocaba la figura del poderoso archimago ante mí; lo creí invencible.

Luego recordé la reprimenda por parte de Aleurian en cuanto llegó a la torre; al archimago y a mí con las cabezas gachas, soportando el rapapolvo y a Aleurian diciendo que no quería más rayos en la torre.

No obstante, en cuanto Aleurian se giró, pude apreciar una sonrisa socarrona esbozada en las suaves facciones de Alandier que dejaba entrever sus brillantes dientes blancos entre las sombras del ocaso, y un destello de rebeldía asomó en sus enormes ojos ambarinos, afirmando que Aleurian podía cantar almadalas si quería, pero que el archimago era él, y aquella su torre.

—Ya te has quedado empanado otra vez —escuché de repente, lo que me trajo de nuevo a la realidad.

Ante mí, vi que Alandier —el de verdad— me miraba con una ceja enarcada.

—¿Tanto se nota?

—Tienes la mala costumbre de torcer los ojos, te vas a quedar bizco. Anda, vamos —dijo al tiempo que cruzaba el umbral de la gran puerta doble, ahora abierta.

Nos adentramos en una amplia estancia, cuyo techo estaba sustentado por esbeltas y elegantes columnas que finalizaban en arcos de medio punto, dándole así una forma abovedada a la habitación. Colosales ventanales ocupaban los laterales de la estancia, permitiendo que la luz se filtrara, lo que le aportaba gran luminosidad y calidez al tiempo que creaba un interesante juego de luces y sombras en las esculturas que adornaban la sala, haciéndolas parecer tan reales que pensé que en cualquier momento despegarían sus pies de los altares sobre los que se exponían y comenzarían a caminar.

Recorrí el resto de la estancia con la mirada, cada vez más asombrado. En un momento dado, mis ojos divisaron la figura del archimago y se quedaron clavados en él. Se había sentado sobre uno de los pedestales y estaba ligeramente inclinado hacia delante, apoyando la mano que le quedaba libre en su rodilla al tiempo que sujetaba pesadamente el báculo

con la otra.

Sentí que una gran preocupación me invadía en aquel instante, y por un momento pensé que tendría que ir corriendo en busca de Aleurian. Por fortuna, conforme me fui acercando, pude comprobar que su respiración no era trabajosa, ni parecía fatigado.

Al escuchar que me acercaba, alzó la mirada y la posó en mí.

—¿Ya has acabado? —me preguntó con una sonrisa.

—¿El qué? —pregunté algo desconcertado.

—De observar la sala, claro.

—Oh, sí. Las estatuas son bonitas, casi parecen de verdad.

El archimago dejó escapar una breve carcajada.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunté confundido.

—Tu comentario.

Sentí que una gran inquietud me invadía repentinamente.

—No serán elfos de verdad que fueron petrificados y exhibidos como una especie de castigo, ¿no? —pregunté con cierto temor.

Las carcajadas de Alandier aumentaron de intensidad hasta el punto de acabar rodeándose el estómago con los brazos.

—No, ¿qué? ¡No! ¿Por quién me tomas? Eso es incluso morboso. No, chico, no son elfos petrificados, pero tampoco son esculturas comunes, son conmemorativas.

Lo miré con gran interés.

—¿Y a quiénes se conmemora?

Alandier me miró con cierta sorpresa a causa de mi pregunta.

—A los cuatro Archimagos Supremos que me precedieron, por supuesto.
— Señaló la primera estatua, y la más cercana a la puerta por la que habíamos entrado—. Alkasher Dohgmarion; junto a él, Ulmandar Honnunt, del este ambos —. Señaló la estatua que estaba justo en frente de la de Ulmandar—. Alhamar Darmalian —hizo una breve pausa para mirarme—, mi padre. Fue maestro de Aravalos.

Lo miré con gran asombro.

—¿De verdad?

—Sí.

Tragué saliva antes de formular mi siguiente pregunta.

—¿Continúa con vida?

—Ya lo creo, aunque no salió bien parado de una batalla; una explosión le desfiguró el rostro y ni toda la magia del mundo consiguió restaurárselo al completo. Malditas cicatrices mágicas, no se van con nada. Ahora le falta una oreja y parte de la otra; por no hablar de... bueno, desfigurado, ¿qué te voy a decir? También está ciego. Abdicó del cargo y se lo cedió a Aravalos debido a mi corta edad por aquel entonces.

—Lo siento.

—Nah, pero él es feliz; volvió a la ciudad y vive con el resto del clan.

—Ah, bueno. —Hice una breve pausa. — ¿Qué es eso de las cicatrices mágicas?

—Son las marcas o secuelas que quedan en el cuerpo a causa de una herida producida por un hechizo poderoso o que ha causado daños graves en el organismo. Esto se debe a que la magia, en especial la oscura, deja un rastro de energía residual en la zona afectada. Dependiendo de la fuerza del hechizo y del propio conjurador, las secuelas son más o menos apreciables, y no hay modo de curarlas del todo, ni siquiera con magia.

Lo miré realmente sorprendido.

—¿Y vos tenéis alguna cicatriz de ese tipo?

Alandier enarcó una ceja.

—Chico, dime que no me estás preguntando eso —. Vacilé un instante—. La de mi pulmón es una.

—Pero eso fue perforación por objeto.

—Tsi, por un carámbano de hielo creado por el hechizo sesenta y nueve del libro del hielo y combinado con el décimo de artes oscuras defensivas, consistente en atraer un objeto hacia un blanco concreto. Es una combinación muy sencilla de ataque, pero fue un Gran Archimago el que la formuló. Eso, sumado a la infección que tuve posteriormente, me dejó con una enfermedad crónica en el pulmón derecho; el otro está perfectamente.

—Entiendo.

—Lo cierto es que tengo varias, pero las más significativas son esa y otra que me produjo el mismo ataque en el lado derecho del abdomen; pero esa no es tan grave, tan solo se me quedó un poco más dura la zona de la herida...

Sentí que me estremecía invadido por una fuerte sensación de asco y repelús al imaginarlo. Alandier rio ante mi reacción.

—Está bien, dejemos el tema. Pero sí, tengo bastantes; ¿por qué crees si no que uso túnicas tan cerradas?

Rápidamente recordé las túnicas que le dejaban la mitad del pecho al descubierto. Si eso decía que era cerrado, supuse que antes debería

enseñar hasta el hígado.

—Y este de aquí —prosiguió como si nada mientras señalaba la estatua sobre cuyo pedestal nos habíamos sentado—, es Coras Agaloth Darmalian, el primer Archimago Supremo.

Rápidamente, me levanté de un salto para poder contemplar mejor la escultura.

Lo primero de lo que me percaté fue de la perfección del tallado de la figura. De cuerpo atlético y ligeramente musculado, alcanzaba perfectamente la altura de dos metros, puede incluso que la superara. Vestía una elegante túnica abierta que dejaba al descubierto su fornido pecho y su musculoso estómago. En su mano izquierda portaba un báculo, similar al de Alandier, aunque mucho más impresionante.

Me fijé entonces en su rostro, de facciones suaves pero fuertes a la vez. En su mirada pétrea se reflejaba una gran determinación, mezclada con la profunda sabiduría propia de un Gran archimago. Llevaba el cabello relativamente corto, tan solo un poco más abajo de los hombros, y en él se formaban unas gráciles ondas que parecían dotarlo de vida propia.

Su figura, sin duda alguna, irradiaba majestuosidad y grandeza, la viva imagen de la elegancia, albergando siempre en su interior la más formidable, destructiva y terrible fuerza, la fuerza del primer Archimago Supremo.

Mi mirada se dirigió entonces a Alandier. A pesar del innegable parecido entre ambos, no pude evitar un ligero gesto de desaprobación que al archimago no le pasó por alto. Al instante, frunció el entrecejo y cruzó los brazos molesto.

—Lo he pillado, no creas que no —me reprendió.

Yo, por mi parte, no pude contener una ligera sonrisa.

—No era mi intención ofenderos, disculpadme.

No obstante, no puedo negar que la imponente y majestuosa imagen de Coras Agaloth dejaba al pulcro y elegante Alandier en poco más que un muchacho larguirucho y ligeramente desgarbado —a pesar de que no lo era—, que no había visto ni vivido ni la mitad de las cosas que el formidable primer Archimago Supremo.

Miré de nuevo a Alandier, quien otra vez miraba la estatua.

—Yo creía que Coras Agaloth era tan solo el nombre de este lugar.

El mago se encogió ligeramente de hombros.

—También. Coras Agaloth fue el archimago que construyó la torre, de modo que se la llamó así en su honor.

Miré la estatua con fascinación.

—Fue uno de los mejores archimagos que ha habido —continuó Alandier—, su nombre era conocido en todos los reinos. Fue él quien creó la figura del Archimago Supremo con la finalidad de unir bajo un mismo mando el sector de la magia de cada reino, con unas normas comunes para todos los magos, en especial para otros archimagos, ya que, como cada cual tenía su propia academia, hacían lo que les venía en gana y había un gran descontrol. Desde que todo está supervisado por el

Archimago Supremo, hay más orden en el sector de la magia y, además, nos ahorramos las interminables discusiones en los consejos de magos, que quedaron reducidos a tan solo los representantes de cada reino. También fue Coras Agaloth quien decidió separar los reinos élficos de los humanos. Y con esto, niño, te acabo de ahorrar ocho páginas del libro.

—¿Decís que separó a los humanos de los elfos?

—Sí, no le gustaban nada. Alkasher mantuvo esa ley, pero Ulmandar la retiró. Tanto mi padre como Aravalos mantuvieron la decisión de Ulmandar; y yo, directamente, me casé con una humana — esbozó una sonrisa irónica—. Tiene que sentirse muy orgulloso de mí —dijo con tono sarcástico.

—Era de vuestra familia, ¿no?

El archimago asintió.

—Fue mi tatarabuelo. Venía del sur, por eso nuestro color de piel es tan oscuro. No sé por qué decidió instalarse aquí, supongo que, porque es un lugar tranquilo y, a la vez, está relativamente cerca de la ciudad sin estar dentro de ella; de modo que podía funcionar como residencia y lugar de reunión para el consejo.

—¿Coras Agaloth abrió la academia?

—No, eso fue decisión de Ulmandar. Antiguamente la torre tan solo cumplía las funciones de residencia y lugar de reunión. —De repente, vi que esbozaba una ligera sonrisa—. Fue, de hecho, en una de esas reuniones donde conoció a una joven hechicera elfa de la que se enamoró perdidamente.

—Luvanna —dije recordando que Alandier la había mencionado en alguna ocasión con anterioridad como la líder de su clan.

—Sí. Y anda que no lo aprovechó la buena mujer. Sólo te diré que, desde entonces, somos la única academia autorizada para impartir enseñanzas de artes oscuras. Aunque no todos las enseñaron; es más, los únicos que lo hemos hecho, hemos sido mi padre y yo.

—Y Aravalos —apunté.

—No, Aravalos las conocía, pero no las enseñaba. Con Alhamar herido, ¿por qué crees que me buscaron a mí para enfrentarme a él? — Lo miré sorprendido—. ¿Ves cómo sí es importante dominar toda clase de magia? — Miró la estatua de nuevo—. Tuvieron ocho hijos, pero ninguno heredó el cargo.

—¿Continúa vivo él también?

—Qué va, murió hace mucho tiempo, de una indigestión, dijeron. Y claro, suele pasar que el veneno no se digiere muy bien.

Lo miré sorprendido.

—¿Lo asesinaron?

—Los Archimagos Supremos siempre han caído como moscas en este reino, por eso nadie quiere el cargo, a pesar de que el tiempo que se vive, se vive muy bien. A Coras Agaloth lo envenenaron, Alkasher tuvo un accidente mientras montaba a caballo, a Ulmandar lo asesinó su propia mujer, mi padre casi cae durante aquella batalla, Aravalos, bueno, ya

sabes lo que pasó con él.

Miré a Alandier con cierta preocupación.

—¿Y no os preocupa a vos el destino que os pueda aguardar?

El archimago esbozó una sonrisa indiferente a la vez que se encogía de hombros.

—Hace tiempo que la gente perdió el interés por mí. Para ellos no soy más que un elfo viejo y enfermo, más escaso de sesera que un trol de las cavernas. Supongo que esperaran que algún día alguno de los archimagos que trabajan aquí acabe conmigo, siempre y cuando no lo haga antes la fisura en el pulmón. —Hizo una breve pausa—. De todos modos, también es cierto que a muchos de esos archimagos les interesa que siga vivo, saben que mientras trabajen aquí, tienen mi protección; además de que así pueden transmitir sus conocimientos. Hay quienes piensan que volver a abrir la academia fue lo más inteligente que pude hacer; y no lo discuto, pero lo que realmente te mantiene con vida en un mundo como en el que estoy metido, es no meter las narices en asuntos que no te incumben y, sobre todo, tratar bien a los que te apoyen, y no llevarte mal con los que no lo hacen. Con eso y un poco de suerte, saldrás indemne.

—¿Por qué me contáis todo esto? —le pregunté algo confundido.

Alandier me sonrió.

—Porque es mi deber como maestro.

Le devolví la sonrisa con total sinceridad.

—Pero basta ya de tanto rollo, acompáñame —dijo en un tono más animado.

Seguí al mago a través de otro pasillo.

—No había ninguna estatua de Aravalos —comenté de repente.

Alandier me miró a la vez que arqueaba una ceja.

—¿Te sorprende?

—No —contesté.

—A mí sí —repuso él, para mi sorpresa—, en cierto modo; pues gracias a él avanzamos muchísimo en aspectos de la magia que, hasta su llegada, nunca se habían tratado. Pero todo esto lo darás en las clases de historia con Aleut.

Por fin llegamos a la habitación que quería el archimago.

—Aquí es —dijo con una sonrisa a la vez que registraba los bolsillos de su túnica.

Pronto la sonrisa dio paso a una notable preocupación, reflejada a su vez en el modo de palpar su túnica.

—¿Qué sucede? —le pregunté intrigado.

—No sé dónde he puesto la llave.

—¿Dónde la vio por última vez?

Pero Alandier, demasiado ocupado registrando los bolsillos por enésima vez, no respondió.

—¿La ha podido coger Aleurian por error? —escuché que murmuraba, pero negó sus propias palabras al instante—. No, ¿para qué iba a coger él esa llave?

—¿Y no podéis abrirla con algún hechizo? —propuse.

—No, porque es la única puerta en toda la torre que está protegida contra la magia; y si consigo recordar dónde puse la llave, verás por qué —. Bajó levemente la mirada al tiempo que se llevaba el dedo índice al labio inferior—. Si yo recuerdo que me la eché al bolsillo esta mañana...un momento —dijo de repente, poco antes de desaparecer.

Me quedé allí solo, plantado frente a la puerta cerrada durante un par de minutos hasta que el archimago volvió a materializarse a mi lado.

—¡La encontré! Resulta que la dejé en el bolsillo de la túnica que me quité antes de bajar, jeje. Perdón por este ridículo, ¡ya podemos entrar! —dijo metiendo la llave en la cerradura y girándola, produciendo un sonoro chasquido.

Pronto la puerta se abrió, mostrándome la mayor colección de objetos y utensilios extraños que jamás había visto, ni veré.

—Bienvenido al almacén de objetos mágicos, el nombre lo dice todo.

—¿De verdad se llama así?

—Es una sala que almacena objetos mágicos. ¿Para qué calentarme la cabeza buscándole un nombre?

Nos adentramos un poco más en la sala. Era de grandes dimensiones, casi parecía el gran salón del palacio de un rey; pero la ocupaban altas estanterías repletas de libros y toda clase de extraños utensilios. Al igual que la sala anterior, el lateral lo ocupaban amplios ventanales que, a pesar de su aparente fragilidad, no serían fáciles de traspasar, por no decir imposible, gracias a un potente hechizo de protección que hasta un simple aprendiz como yo pudo percibir a la perfección.

Me dediqué a curiosear los estantes más bajos en compañía de Alandier, sin tocar nada mientras él me explicaba un poco en qué consistía aquel berenjenal.

—Coras Agaloth cuenta con una de las mayores colecciones de artilugios mágicos entre todos los reinos. Antes todos estos amuletos y libros estaban desperdigados por el mundo y, ante el peligro que eso suponía, mi padre decidió guardarlos todos aquí, para que estuvieran bajo la custodia de un Gran archimago. Sólo a los alumnos más avanzados se les permite entrar en esta sala y usar algunos objetos, siempre que no pertenezcan a la sección prohibida—. Guardó un breve silencio y frunció el entrecejo—. Aravalos se llevó algunos de los objetos que se guardaban aquí... y aún no los hemos podido recuperar. Muchos de ellos pertenecían a la sección prohibida, y entre ellos estaba este —dijo mostrándome su

preciado amuleto en forma de estrella—. El amuleto Tikhasser.

—¿Tikhasser?

—Fue un nigromante extremadamente poderoso que vivió durante la época de Coras Agaloth. Fue él quien lo derrotó, le arrebató el amuleto... y a Maldork, un gran dragón blanco. Este amuleto es una reliquia que ha pertenecido a mi familia desde entonces, y que han portado todos los Archimagos Supremos de mi clan. Por eso se lo quité, no era suyo... y a mí me beneficiaba.

Lo miré con gran asombro.

—¿Coras Agaloth tenía un dragón blanco? —pregunté absolutamente fascinado.

Alandier frunció el ceño levemente.

—Sí. Y yo tengo uno verde —dijo con cierto aire creído en su tono.

—¿Cómo?! Ni lo he visto.

—Claro, porque habita en otra dimensión; tengo su amuleto.

—Ah, o sea, que no es real —apunté con cierta decepción.

—¡Claro que Jade es real! —repuso— Lo que pasa es que habita en otro plano, y tan solo la puedo traer a este a través de su amuleto. Luego te la

presento si quieres.

—¡Sí!

Continuamos caminando por la gran sala.

—Hay muchísimos artilugios —dije.

—Sí, los archimagos somos bien conocidos por nuestras grandes colecciones de objetos mágicos. Mira a Alakashar si no, con su túnica mágica, sus botas mágicas, su capa, también mágica, su ropa interior mágica...

—¿La ropa interior también era mágica? —exclamé con gran asombro.

El archimago estalló en carcajadas.

—No, la ropa interior no era mágica, tan solo bromeaba —. Hizo una breve pausa durante la cual pareció recapacitar—. Vamos, creo que no era mágica.

Por fin llegamos al lugar que quería Alandier. Nos detuvimos ante una vitrina y vi que cogía su bastón con ambas manos; lo miró con cierta lástima.

Mi profunda curiosidad y el extraño afecto que sentía por el singular instrumento hicieron que me acercara más al archimago.

—Me hubiera gustado veros usarlo otra vez.

Alandier sonrió levemente, aunque no apartó la mirada del báculo.

—Y volverás a hacerlo, en clase —afirmó, aunque con cierta decepción en su tono.

Fijé mi mirada en la bola verde que sostenía la garra.

—Algún día será tuyo —me dijo de repente, y entonces, junto a mi reflejo en la reluciente superficie, distinguí las suaves facciones del archimago y sus brillantes ojos fijos en mí—; cuando estés preparado para usarlo.

Mi mirada se clavó entonces en Alandier, quien también me miraba en aquel momento.

—Pero... e—es suyo... ¿por qué? Pensaba que era muy valioso para usted.

El mago esbozó una sonrisa franca.

—Y lo es, pero ya no lo voy a usar más a no ser que sea como una demostración para que los alumnos vean cómo funciona. Y es mi deseo que un día lo tengas tú.

Una amplia sonrisa apareció en mi rostro.

—Muchas gracias —dije con apenas un hilo de voz debido a la ilusión que me hacía el simple hecho de imaginarme portando algún día el mismo bastón que Alandier.

En el reflejo de la bola pude distinguir que el mago también me sonreía. De repente, aunque fue apenas un par de segundos, me pareció ver un tercer rostro reflejado, situado entre el archimago y yo.

La súbita aparición hizo que apartara la mirada de la superficie pulida y me girara con un movimiento tan veloz que sobresaltó a Alandier.

—¿Qué ocurre? —me preguntó el sorprendido archimago.

Clavé la mirada en el fondo de la sala, inspeccionando el panorama antes de contestar.

—Nada —respondí aun estudiando el desierto pasillo que habíamos dejado atrás—. Nada, me pareció ver algo reflejado en la bola, pero debí de imaginarlo.

—O no, es posible que haya sido un efecto de la luz.

—También.

Por el rabillo del ojo, pude ver que Alandier depositaba el báculo en la vitrina mientras yo continuaba atento a nuestro alrededor.

Fue entonces cuando reparé en otra vitrina cercana, en cuyo interior almacenaba un gran número de piedras de distintos colores. Dejándome vencer por la curiosidad y olvidando cualquier inquietud que la recién vivida experiencia pudiera haberme causado, avancé hacia ella para poder ver mejor su contenido.

—Son piedras amuleto —escuché de repente, lo que hizo que me volviera hacia Alandier justo a tiempo para ver cómo se acercaba.

—¿Y para qué sirven?

—Principalmente para equilibrar la energía, pero yo apenas las uso, son más propias de magos humanos o de los elfos conectados a la tierra.

—¿Entonces?

—De vez en cuando llevo alguna puesta... mi colgante mismo lo es. Pero de ellas lo que realmente me gusta es la variedad de colores y los brillos. Me gustan las cosas brillantes y los colores. Por eso lo que más me gusta es el nácar.

Miré las piedras con gran atención.

—¿Cuál es?

—Ahí no hay. Se encuentra principalmente en las conchas de los moluscos.

—¿Y cómo es?

—Normalmente es blanco, brillante y con reflejos de colores.

—Lo tiene todo —dije con una sonrisa divertida.

—¡Sí! Por eso me gusta.

Volví a mirar las piedras. De repente, escuché un chasquido y las puertas cristalinas se abrieron de par en par.

Dirigí entonces mi mirada hacia el archimago, que se apoyaba con actitud resuelta en el borde reforzado de la vitrina.

—Coge la que más te llame.

—¿Disculpad? —pregunté algo confundido.

—Dejo que te lleves una, para que trabajes con ella, para que sea tuya. La que más te atraiga. Ya es hora de que vayas aprendiendo a trabajar con amuletos, y las piedras son ideales para comenzar.

Sonreí ampliamente a la vez que volvía a fijar la mirada en ellas, recorriéndolas detenidamente una por una hasta que mis ojos se detuvieron en una de considerable tamaño, con forma ovalada y de un intenso color violeta que me recordaba al de mi propia piel.

—Esta —le dije al archimago.

—Veo que te has inclinado por el lidrianel, o amatista, si lo prefieres en términos humanos.

—Es bonita, y lila, ¡como yo! —dije con una sonrisa.

Alandier rio, divertido ante mi comentario.

—Mira qué bien, ya tenéis tema de conversación.

Volví a clavar la mirada en la piedra y sonreí mientras estudiaba las vetas que conformaban su interior traslúcido, como si se tratara de un trozo de hielo.

—Ahora es tu deber cuidarla apropiadamente —escuché que me decía de repente el archimago, lo que hizo que alzara la vista hacia él—. Son frágiles, de modo que deberás ser muy cuidadoso con ella. No te olvides de limpiarla, bastará con que la entierres en sal durante una noche cada semana o cada dos. Cuídala, porque ella te ha elegido, y si lo haces, ella también cuidará de ti.

El resto de la mañana, Alandier estuvo mostrándome su amplia colección de minerales, en la que se encontraban las piedras más hermosas que jamás había visto, con todo tipo de brillos, colores y reflejos. Hasta había otras amatistas, de todas las tonalidades habidas y por haber.

Y, sin embargo, ninguna de todas aquellas asombrosas piedras me gustó tanto como la amatista que llevaba en la mano. Mi amatista; la misma que conservo hasta hoy, como un recuerdo de aquellos días en la torre de Coras Agaloth, en compañía de Alandier y sus interminables colecciones

de objetos mágicos.

Capítulo 8

8. Demasiado curioso

La luz matutina comenzó a filtrarse por la ventana, haciendo que me despertara. Me levanté lo más rápido que pude, me vestí y cogí el libro de Alandier. Estaba a punto de comenzar a leer cuando escuché unos pasos que avanzaban por el pasillo, provenientes de la escalera. Al parecer había alguien más despierto.

Abrí la puerta y me asomé justo a tiempo para ver cómo Aleurian entraba en la habitación del archimago.

—Para usted —escuché que anunciaba a la vez que alzaba un buen montón de cartas; lo que me hizo pensar que Alandier también estaba despierto.

Rápidamente salí de la habitación y me dirigí hacia la de Alandier, dispuesto a saludarlos.

Desde el pasillo ya podía escucharlos discutir.

—Ya voy, ya voy, no me metas prisa, primero tengo que contestarle a Aragtrax —escuché que se quejaba el archimago.

—¿Cuánto puede tardar en escribir una carta? —lo apresuraba Aleurian.

—El que yo quiera, vas a provocarme una úlcera de estómago como me sigas estresando de este modo.

—Los elfos no padecemos de eso.

—Buenos días —dije mientras me asomaba al interior.

—Buenos días —contestaron al unísono, aunque sólo Aleurian se volvió para mirarme.

—Ten —dijo de repente el archimago, llamando la atención de Aleurian mientras le tendía un pergamino—, échale un vistazo.

Me acerqué un poco más hasta situarme junto al escritorio.

"El montón de cartas no baja" pensé, aunque no dije nada, temiendo desconcentrar a Alandier, que ya rebuscaba en el montón de sobres otra carta.

—Me parece bien —dijo entonces Aleurian, devolviéndole el pergamino.

—Fantástico, mételo en un sobre —le contestó sin apartar la mirada ni un solo segundo del folio que acababa de sacar del sobre.

Aleurian hizo lo que le pidió, y mientras, el mago firmó la solicitud. Entonces vi que se desperezaba sin ningún miramiento, hasta el punto de que pude escuchar cómo le crujían algunos huesos.

—Bueno —dijo apartando el pergamino firmado—, ya he empezado, me

voy a desayunar —anunció con actitud resuelta.

—El rayajo le ha dejado agotado —se rio Aleurian dejando el sobre donde había metido el manuscrito de nuevo encima del escritorio.

—Este no, pero es posible que los que vienen sí. Y presidir las pruebas más.

Aleurian sonrió.

—Bueno, pero ahora vamos a pensar en el desayuno.

—Sí, buena idea, que entre el hambre que tengo y lo poco espabilado que me he levantado hoy, voy a terminar poniendo pan con queso en lugar de mi firma.

No pude contener una ligera risa.

—Y lo peor es que os veo muy capaz —le dijo Aleurian.

Alandier se rio.

—Lo soy. —contestó dirigiendo su mirada hacia mí y guiñándome un ojo con expresión divertida.

Bajamos los tres a la primera planta, empleando el conjuro de teletransporte. La extraña sensación de vértigo que me dejó el hechizo hizo que tuviera que esperar para recomponerme un poco antes de seguir

a los otros dos a la cocina.

Apenas habíamos comenzado a preparar el desayuno cuando escuchamos una voz fuera. Los tres nos miramos sorprendidos.

—Voy a ver quién es —dijo Aleurian—. Vosotros quedaos aquí y terminad de preparar el desayuno. —Y dicho esto abandonó la cocina dejándonos a Alandier y a mí solos.

—Ya empieza a animarse la cosa —dijo Alandier—. Estas semanas van a ser fuertes. Durante la que viene, empezaran a llegar estudiantes de último curso para presentarse a la prueba de archimago, y a la que viene llegarán los maestros.

—¿Y los alumnos?

—Ellos no llegarán hasta comienzos de la tercera semana, en primavera.

Nos sentamos los dos a la mesa y empezamos a desayunar.

—¿Qué te pasa por la cabeza? —me preguntó de repente.

Lo miré y le sonreí.

—¿Estoy demasiado callado?

—No. Te lo noto. A ti también te pasará cuando te enseñe a leer la mente.

Aquella mención hizo que levantara la mirada del plato para clavarla en él.

—¿Podéis leer la mente de verdad?

—Sí —dijo con indiferencia.

Lo miré con cierta desconfianza.

—¿Me leéis la mente?

—No —contestó a la vez que removía un poco la comida en el plato—, Aleurian considera que es poco ético.

—Es poco ético —le confirmé con cierto reproche.

La mirada que Alandier me dedicó no reflejaba menos reproche que mi tono; pero optó por no decir nada para rebatir mi argumento.

—Una vez que dominas ese aspecto de la magia, no necesitas leer la mente para saber cuándo algo ronda la cabeza de alguien.

—¿Pero no os resulta a vos poco ético eso de introducirlos en mente ajena? —insistí.

—A veces, pero también puede ser bastante útil—. Hubo un breve silencio—. Desapruebas la magia—dijo al fin tras este.

—No la desapruebo, pero tiene aspectos que no me gustan.

—Luego, no te gusta la magia.

—Yo... yo no he dicho eso. A vos os aprecio.

—Puede ser, pero no lo que hago.

Fruncí levemente el ceño antes de responderle.

—No, lo siento, pero no —dije al fin—. No veo correcto el empleo de la magia oscura como tampoco me gusta este último hechizo del que me habéis hablado. Aleurian tiene razón, no es nada ético; de hecho, es un abuso.

Alandier se dedicó a sonreír.

—Bien —dijo simplemente antes de llenarse la boca como si nada.

Su respuesta me dejó completamente fuera de lugar.

—¿Cómo que bien? —le pregunté.

El mago me miró sorprendido.

—Sí, pues eso, que estoy de acuerdo contigo.

Lo miré perplejo.

—Pero, pero... yo creía que...

—¿Qué? ¿Creías que los usaba para aprovecharme de mi poder como archimago?

—Pues... con el debido respeto, eso me ha dado a entender.

Alandier rio de nuevo.

—No, chico. Te probaba, nada más.

De nuevo, fruncí el entrecejo al tiempo que removía la comida del plato ante mí.

—A veces tengo la sensación de que siempre me estáis estudiando.

El archimago volvió a reír.

—Es que siempre te estoy estudiando. Desde el primer momento.

—¿Por qué?

—Pues porque es lo que tengo que hacer antes de transmitirme todo lo que sé —. Hubo un breve silencio—. Mira, chico, puedes llegar a ser dos tipos de mago. Puedes ser benévolo, en cuyo caso emplearás la magia para hacer el bien, ayudar y asegurarte de que esos conocimientos no caen en malas manos; incluso podrías aconsejar a reyes. O puedes ser malévolo y optar por usar tu poder para hacer que se dobleguen ante ti... no sería la primera vez que pasa, ni la última.

—Vos sois benévolo, ¿verdad?

Alandier esbozó una enigmática sonrisa.

—¿Ves a alguien doblegado ante mí?

Negué con la cabeza.

—Pero, con todo respeto, tampoco el rey os pide consejo.

—¿Para qué? Son tiempos de paz. Espera a la guerra, y entonces verás lo que se agradecen las bolas de fuego, los rayos, los hechizos de sanación... entre otros muchos. Ya te lo dije, la magia en sí no es mala, Araviander, su finalidad dependerá de cómo la emplees. Y mi deber es hacer que la

uses con buen juicio.

Le dediqué una leve sonrisa.

—Aclarado el asunto, dime, ¿ qué te preocupa? —continuó.

—Empezar —contesté sin más.

—Empezar, ¿con los estudios?

Asentí.

—No te preocupes por eso, de verdad, cuando acabe con todo este tema de las solicitudes, empezaré a enseñarte algunos hechizos sencillos y verás como no es para tanto. ¿Con el libro vas bien?

Reí entre dientes.

—Yo pensaba que hoy me había levantado temprano para avanzar un poco en la lectura y me encuentro con que he vuelto a ser el último.

Alandier se rio.

—Es que esta noche la he pasado mal —dijo a la vez que se daba unas palmaditas en el lado derecho del pecho, refiriéndose al pulmón herido.

Justo en aquel instante entró Aleurian por la puerta, mirando con atención un buen montón de cartas.

—Ya estoy, era otro mensajero —anunció.

—¿Más solicitudes? —preguntó Alandier.

—Sí, todas estas son para usted —dijo depositando todo el montón de cartas sobre la mesa, junto al archimago; excepto una.

Los ojos de Alandier se clavaron de inmediato en ella.

—¿Y esa? —preguntó con notable curiosidad en su tono.

Aleurian miró brevemente la carta y luego miró de nuevo a Alandier.

—Esta es para mí, es de mi familia.

—Ah, vale. Pues yo tengo más. —le dijo con tono burlón.

—Ya lo veo, ya; que se divierta leyéndolas. —respondió el otro en el mismo tono.

—Y firmándolas —apuntó el archimago—, voy a necesitar más tinta.

Aquel día fue tan tranquilo como los anteriores. Alandier se dedicó exclusivamente a las tareas de ámbito académico; es decir, a firmar solicitudes. Y yo aproveché para leer a su lado.

No obstante, por mucho que me esforzaba en mantener una atención en el libro tan férrea como la del archimago en sus solicitudes, siempre acababa distrayéndome con la cosa más insignificante. Un amuleto curioso en el borde izquierdo del escritorio, mis pies a través de la superficie cristalina de la mesa, la mano larga y ligeramente huesuda de Alandier cogiendo otro sobre, o mis propios pensamientos.

—Que te duermes —escuché de repente, lo que me hizo dar un respingo de la sorpresa.

Miré al archimago con cierto reparo.

—No, no, yo...

Alandier rio suavemente.

—Déjalo por ahora, tampoco es cuestión de matarte a leer.

—Todavía me queda el libro de la luna —le dije, intentando demostrarle que tampoco me lo podía tomar con demasiada tranquilidad.

—¡Ja! Ese entre otros muchos. No te asustes, pero ¿ves todos estos libros? —dijo a la vez que señalaba con un amplio movimiento del brazo las numerosas estanterías repletas de libros que ocupaban gran parte de

su habitación.

—Eww... ¿sí?

—Pues los he leído todos... varias veces, de hecho. A veces se me olvidan los conjuros y toca darles un repaso, son tantos... Los libros que están más a la derecha son de historia, cultura general y tal; esos los puedes coger siempre que quieras, casi no les hago caso porque prácticamente me los sé de memoria; los del centro son de hechizos de nivel bajo-medio, son los que tendrás que aprender para llegar a Mago; y los de la izquierda son de hechizos de nivel medio-alto...y avanzados. A esos tan solo tienen acceso los Grandes Magos consagrados, los archimagos y los que estudian para alcanzar ese último título.

—¿Y se los ha leído todos? —pregunté con gran sorpresa.

—Sí, he tenido setecientos años... bueno, algo más de quinientos, realmente. De modo que no te apures, pero creo que tendrás tiempo en un año de leerte al menos los libros que hablan de las seis fuentes primarias de energía para las distintas razas de elfos.

—Eww... sí, claro —dije con cierta indecisión mientras observaba de nuevo los libros.

De repente, me sentí tan acalorado como si la temperatura hubiera subido varios grados.

—Si necesitas que te abanique, me lo dices. —dijo Alandier con un tono que denotaba cierta diversión.

—No, no, todo está bien.

Alandier se rio.

—Descansa un rato —insistió.

Y yo hice caso de lo que me aconsejaba. De modo que aparté la mirada del libro y me dediqué a observar la estancia.

—¿Por qué la décima? —pregunté de repente volviéndome hacia él al cabo de un rato.

Alandier me miró extrañado.

—¿Perdón? No entendí.

—Sí, ¿por qué eligió la décima planta para instalarse?

—¡Oh! Eso.

—Creía que los archimagos preferían instalarse en lo alto de sus torres para que no se les molestase.

Alandier rio.

—En lo alto de la torre, al estilo buitre, para ver cuántos suspenden —dijo a la vez que se frotaba sus largas y delgadas manos y sonreía con malicia.

—¿Y por qué usted se quedó en la décima? Por lo que he visto, hay alumnos que duermen en plantas por encima de la vuestra.

—Por unas cuantas razones. La primera y más importante de todas ellas, ¿tú sabes cuántas escaleras hay que subir para llegar a la última planta?

Negué con la cabeza a modo de respuesta.

—Yo tampoco con exactitud, pero muchas. Si subir hasta la décima planta ya nos parece eterno, imagina hasta la última, es posible que haya más de diez plantas desde aquí. Paso de estar cada dos por tres usando la magia para subir y bajar. La segunda es que no tengo buenos recuerdos de esa planta. La primera y última vez que Aravalos me llevó a ella, me mareé al salir al balcón por la altitud y acabé vomitando. Ni idea de a quién le cayó el regalo, pero lo que sí sé es que a mí me cayó una buena reprimenda y un castigo por parte de Aravalos; luego, paso de vomitar otra vez.

Apenas podía contener la risa al imaginarme la escena y al pobre desdichado al que le pudo caer el "regalo" de Alandier.

—Él sí era uno de tus archimagos. —Continuó. —Se encerraba en su habitación y no permitía que se le molestara, ni siquiera sus aprendices. Ni de broma me hubiera instalado en su antigua habitación, paso de dormir en su misma cama. A veces es como si aún viviera ahí, están todas sus cosas tal y como las dejó.

—¿Por qué no se deshace de ellas? —le pregunté.

Alandier me miró de nuevo.

—Lo he pensado en varias ocasiones. Supongo que aún espero que me dé un manotazo si me ve tocando sus cosas. —Hizo una breve pausa antes de continuar con su relato. —La otra razón es que la habitación en la que estoy ahora fue también en la que estuve cuando estudiaba aquí.

—De modo que ocupa como archimago la habitación que ocupó como aprendiz —apunté con una sonrisa.

—Sí. Y me da igual que esté a la mitad de la torre. Además, cuanto más arriba más frío... y las habitaciones no están tan bien equipadas como las de abajo. A partir de la duodécima planta dejan que desear —. Hizo una breve pausa y se encogió de hombros—. No hubo tiempo...ni ganas —dijo con una amplia sonrisa. —En especial lo segundo, a quién voy a engañar. Aunque, de todos modos, la academia nunca se ha llenado, ni lo hará habiendo una también en el centro de la ciudad.

Ambos nos quedamos en silencio durante un breve instante.

—Tengo una pregunta sobre magia —dije de repente.

—¡Por fin! Di.

—¿Cómo me podré convertir en Mago?

—Es sencillo, bueno, para ti puede que más. Aquí llegan como novicios, o sea, creen que tienen una conexión especial con las energías primarias, más allá de la que cualquier elfo pueda tener con a la que está conectado desde su nacimiento, pero no lo saben con seguridad. Te puedo asegurar

que tú ya has pasado esa fase, no tengo ninguna duda. Luego pasan a ser aprendices, en cuanto se les asigna un Gran Mago del que aprender; tú me tendrás a mí, aunque eso no quita que tengas que asistir a las clases que tengas en común con tus futuros compañeros. Estarás estudiando y, cuando considere que tienes el nivel necesario, te realizaré una prueba; si la superas, serás oficialmente un Mago.

—¿Y qué pasará cuando consiga el título de Mago?

Alandier se encogió ligeramente de hombros.

—Entonces podrás abandonar la torre... o quedarte y continuar hasta llegar a Gran Mago. Tendrías que pasar otra prueba.

—¿Y para llegar a archimago?

—Pues tendrás que pasar otra prueba.

—¡Cuántas pruebas!

El mago rio.

—Sí, son unas cuantas —admitió—. Pero luego merece la pena. Los archimagos tienen gran importancia, son considerados prácticamente parte de la nobleza.

—¿Y los archimagos como usted?

—El título de Archimago Supremo o Gran archimago es más difícil de conseguir. Es un título honorífico que depende más de tus acciones que de tus estudios.

—Entiendo.

—Yo lo obtuve por combatir a Aravalos.

No pude contener una sonrisa que reflejaba cierta satisfacción y admiración hacia Alandier.

—Me hubiera gustado conoceros entonces. —Alandier me miró, reflejando gran interés.

—¿Cuando tenía lugar la acción? —dijo con expresión divertida.

—Sí, os hubiera visto usar el báculo más veces, ie incluso peleando contra Aravalos! —contesté con gran entusiasmo, lo que hizo esbozar una amplia sonrisa al mago.

—Hubiera sido divertido, desde luego. Pero entonces no serías mi aprendiz.

—¿Cómo estáis tan seguro?

Dejó escapar una leve risa.

—Porque entonces yo era joven. Con trescientos años no pensaba en aprendices, eso era cosa de magos viejos y aburridos —dijo con tono divertido. —Entonces tan solo pensaba en aventuras, divertirme y poco más.

Miré al archimago y me removí un poco antes de formular mi siguiente pregunta.

—Y... ¿en mujeres?

Alandier me miró con los ojos bien abiertos antes de estallar en carcajadas.

—También.

Lo miré sorprendido sin poder evitarlo ante su respuesta.

—¿Y...? —Negué con la cabeza. —No —acabé diciendo.

—¿Qué? Puedes preguntar —me animó no obstante Alandier.

—¿Fueron muchas? —pregunté por fin.

El mago rio una vez más, parecían divertirle mis preguntas, pues había dejado de lado las eternas solicitudes.

—No sabía yo que mi vida sexual fuese tan interesante. —Sentí que me ruborizaba y me arrepentí al momento de mi pregunta. —Conocí a muchas, pero sólo una estuvo en mi cama.

Asentí y, aunque me hubiera gustado conocer un poco más sobre él y su mujer, decidí que ya había indagado bastante en su vida privada. Además, sabía que eran recuerdos dolorosos para él.

—¿Sabes? Eres el primero que me hace preguntas tan íntimas. —me dijo de repente el archimago.

—Pero las respondéis.

Se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Y por qué no? Lo veo lo más normal del mundo. La magia me gusta, disfruto aprendiendo sobre ella, avanzando, estudiando, leyendo... pero las mujeres me gustan más. No puedes hacer nada de eso con un libro.

Me encogí de hombros a la vez que esbozaba una tímida sonrisa.

—La verdad es que nunca pensé que los archimagos tuvieran esas necesidades.

Alandier rio de nuevo.

—Seguimos siendo criaturas terrenales. Puede que tenga mucho poder, pero sigo siendo tan elfo como tú. Si a ti te gustan las mujeres, a mí

también. Sin embargo, luego hay archimagos que encuentran todo esto mundano y con un libro son más felices que un swyrli, va en cada uno. Unos presumen de cuántos libros han leído, y yo... bueno, de ambas cosas.

—Alandier, tengo otra pregunta —le dije.

—Di.

—¿Por qué algunas habitaciones están completamente vacías y otras están llenas de libros, objetos y tal?

—Las vacías pertenecieron a antiguos alumnos que han abandonado ya la academia —me contestó Alandier—, en las que hay libros y tal es porque aún están ocupadas.

—¿La mía a quién perteneció? —le pregunté con curiosidad.

Alandier bajó la mirada levemente; me pareció percibir un ápice de tristeza en la expresión de sus ojos.

—A un chico que abandonó la torre hace mucho.

—Dormía cerca de su habitación. ¿Recuerda su nombre?

Alandier pareció encogerse un poco.

—Nyender —dijo con apenas un hilo de voz.

—Y actualmente ¿quién más se aloja en esa planta además de nosotros tres?

—Nadie —contestó—. Los únicos que pueden ocupar las estancias más cercanas al archimago son las personas más allegadas a él. Familia, guardias y aprendices como mucho.

Miré sorprendido al archimago una vez más.

—Entonces... ¿Nyender fue su aprendiz?

—Así es.

Sonreí levemente.

—Estoy seguro de que se convirtió en un gran mago.

Alandier sonrió con cierta nostalgia.

—De los mejores que he conocido.

—Ojalá lo conozca algún día.

Pude notar un destello de dolor en la mirada del archimago.

—No creo que eso vaya a ocurrir. Murió hace tiempo —dijo, y en aquel momento sentí que había metido la pata hasta el fondo.

—Lo siento mucho —dije con un hilo de voz a la vez que clavaba la mirada en Alandier.

—No importa —contestó, con un abatimiento que nunca había visto en él.

Nos quedamos un instante en absoluto silencio, hasta podía escuchar la respiración, ligeramente trabajosa, de Alandier.

De repente, Aleurian entró en la habitación.

—Tengo que partir esta tarde —anunció nada más cruzar la puerta.

Alandier levantó la mirada de la solicitud que estaba leyendo para posarla en el otro elfo.

—De acuerdo —contestó sin más.

—No creo que vuelva al menos en un par de días.

El archimago lo miró ahora con profundo interés.

—¿Tanto tiempo? ¿Puedo saber al menos el motivo?

—Es personal. Asuntos familiares.

—Oh, entiendo.

—¿Os encontráis en condiciones como para que me vaya tanto tiempo?

Alandier le quitó peso al asunto con un gesto de la mano.

—Sí, sí, por eso no te preocupes. Vete tranquilo en ese aspecto; además, no me quedo solo.

Aleurian asintió, aunque no parecía convencido del todo. Y, a decir verdad, yo tampoco lo estaba.

—No te preocupes, Araviander, te enseñaré todo lo que debes saber antes de que me vaya. —me dijo, aunque tampoco sirvió para calmarme del todo.

—Sé cuidarme de todos modos. No es la primera vez. —protestó Alandier, pero Aleurian ignoró su comentario por completo.

—Por cierto, ¿dónde habéis puesto la respuesta a la carta de Aragtrax? Aprovecharé que voy a la ciudad para buscar a un mensajero que la lleve.
—dijo, dirigiéndose entonces al archimago.

—Buena idea, ummm... tiene que estar por aquí... —dijo rebuscando entre los numerosos papeles que ocupaban su escritorio—. Yo la he puesto por aquí.

Aleurian se llevó la mano al rostro con desesperación.

—Le voy a comprar un archivador.

—Ya me compré uno, pero no dio resultado.

Aleurian dejó escapar un profundo suspiro.

—Sois un caso aparte.

—Sí, lo sé... ¡oh! Mira, aquí está —dijo sacando de entre un montón de folios el sobre cerrado. El archimago lo miró—. Ups, le falta el nombre de la persona a la que va dirigido.

—Pues eso es importante —le dijo el otro con tono burlón.

—Lo sé —le respondió el mago con el mismo tono al tiempo que mojaba la pluma en el tintero.

Alandier empezó a escribir el nombre del archimago al que iba dirigida la carta, y tras este todos sus títulos. Poco a poco, vi que el espacio para escribir menguaba y que Alandier no parecía tener intención de terminar.

—Ahg, tiene tantos títulos que no me caben de seguido.

Aleurian rio.

—Cogedle prestado alguno de ellos —le propuso al archimago, lo que le hizo reír.

—¡El que parte y reparte se queda la mejor parte! —dijo a la vez que agitaba un poco la carta para secar la tinta y se la entregaba a Aleurian.

—Bien, bueno, voy a empezar a preparar mis cosas —dijo cogiendo la carta y dando media vuelta.

—Espera —lo llamó otra vez Alandier —, ya que estás, lleva también estas solicitudes ya firmadas —el mago cogió los sobres que formaban dos columnas de considerable tamaño y se los entregó a Aleurian.

El otro elfo los cogió y salió de la habitación mientras Alandier regresaba a su tarea. Yo, por mi parte, hice lo propio y regresé a mi lectura.

—¿Ya se te han acabado las preguntas? —me preguntó de repente el archimago, aunque sin apartar la mirada de su tarea.

Yo lo miré brevemente antes de volver a agachar la cabeza otra vez.

—Eso creo. —contesté—. Creo que ya me he entrometido bastante.

Alandier me miró entonces con absoluto interés, inclinando levemente la cabeza hacia la derecha, permitiendo que parte de su espesa cabellera blanca reposara grácilmente sobre la superficie cristalina del escritorio mientras sostenía la pluma alzada entre sus esbeltos dedos.

—¿Por qué dices eso?

—He ido muy lejos con mi última pregunta. Lo he visto reflejado en vuestra expresión y silencio. No era mi intención molestaros, tan solo tenía curiosidad.

El archimago esbozó una sonrisa cálida.

— No tienes que disculparte, está bien. De verdad, no me has enfadado, ni me has molestado, ni ofendido. No me importa hablar de él —dijo—. No soy de los que piensan que la solución está en olvidar, no. Nunca se olvida, ¿a quién queremos engañar? Y a veces hablarlo es una buena solución.

—Igualmente, no creo que sean asuntos de mi incumbencia.

Alandier se rio.

—Chico, deja que sea yo quien decida eso.

—Son preguntas demasiado personales. —insistí.

—Las contesto, no obstante —fue su respuesta—. No me desagrada hablar contigo de estos temas, ni siquiera tus famosas preguntas sobre sexo —. No pude evitar ruborizarme ante la risa del archimago—. En las cuales no pienso detallar más, eso también te lo digo —. Se encogió de hombros—. A pocos les interesa tanto mi vida.

—O tal vez yo soy demasiado curioso.

Alandier rio de nuevo.

—También —coincidió. — O puede que sólo seas un niño que hace preguntas de acuerdo con su edad. Sobre las cosas que le intrigan, como hemos hecho todos. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. Me recuerdas a Nyender.

Lo miré sorprendido.

—¿De verdad?

—Físicamente no, pero él también era muy curioso, tímido, respetuoso en exceso; aunque muy inteligente, y valiente —. Vi que sonreía con cierta tristeza—. Él quería ser un guerrero. Ir en busca de aventuras.

No pude evitar abrir los ojos al máximo por la sorpresa al descubrir que el sueño del anterior aprendiz de Alandier era el mismo que el mío.

—Y... ¿ qué hicisteis? —le pregunté.

Alandier me miró y se encogió ligeramente de hombros.

—¿Qué iba a hacer? Dejarlo ir.

—¿Se arrepiente de lo que hizo? ¿De permitirle que se fuera?

El archimago aguardó un breve instante antes de negar con la cabeza.

—No —dijo antes de dedicarme una leve sonrisa, que instantáneamente correspondí con otra antes de proseguir con mis estudios.

Capítulo 9

9. Jade

Aleurian partió la tarde anterior, de modo que Alandier y yo nos habíamos quedado a cargo de la torre.

Aquella mañana me levanté temprano, como todas las demás. Desayuné en compañía de Alandier -siento admitir que el Archimago no dominaba demasiado bien el arte de la cocina- y quedamos para que me ayudara con mi lectura; nada fuera de lo común. Sin embargo, cuando me dirigía hacia la habitación de Alandier, después de haber recogido el libro, escuché que hablaba con alguien. Supuse que se trataba de Aleurian, que había usado la bola de cristal que le prestó Alandier para poder mantener el contacto; de modo que me dispuse a abrir la puerta para saludarlo yo también cuando escuché algo que me hizo detenerme y prestar atención.

-Sólo intento hacer lo que creo que es mejor para usted, para su salud. - dijo Aleurian.

-Lo sé.

-En esta época del año ya no tenía ataques de tos, ni de fiebre.

-No -coincidió Alandier-. Pero hace ya unos años que también me dan por esta época-. Hizo una breve pausa-. También me cuesta respirar y me fatigo más. Mi energía se agota... y mi tiempo, me temo. -Se hizo un silencio incómodo entre ambos-. Ya lo sabía.

-Y si sabe de su estado, ¿por qué... -empezó a recriminarle Aleurian con cierta dureza.

-No sirve de nada -lo interrumpió el Archimago-. Son cada vez más restricciones, pero no sirven de nada. Duraré lo que tenga que durar y no puedes hacer nada para evitarlo-. Aleurian no dijo nada. -No me importa - escuché que le confesaba Alandier.

-¿Qué no le importa? -preguntó el otro con estupefacción.

Vi que Alandier se encogía de hombros con indiferencia.

-Morir. -No pude evitar mirarlo con sorpresa al escuchar aquello, y a punto estuve de abrir la puerta y delatarme. -Es cierto, no me da miedo; estarlo, por supuesto. -insistió.

-¿Puedo saber el motivo? -preguntó Aleurian con apenas un hilo de voz.

-Eso -murmuré con cierto pesar.

-No sentiré más dolor -apuntó.

-¿Y con quién iba a hablar? ¿Quién iba a soportarle allí? Estaría...solo. -le dijo el otro, y pude apreciar su profunda tristeza desde mi posición, sin necesidad de verle el rostro.

-No estaré solo -rebatió Alandier con tono animado. -Elora estará allí, y Nyender, y Doergar, espero que haya dejado de insultar a todo el que se interponía en su camino -dijo antes de estallar en carcajadas, a las que se unió Aleurian. -¡Qué señor! Me pregunto si será necesario amordazar también a su espíritu para evitar que nos meta en problemas. -Aleurian rio de nuevo. -Por fin podría besar a Elora otra vez, acariciar su... -mis ojos se abrieron hasta no poder más, a la expectativa de lo que diría-...

rostro, acariciar su rostro. -dijo, no obstante.

-¿Y usted cómo sabe eso?

Se encogió de hombros una vez más.

-No lo sé, pero lo espero. Sueño con volver a verlos-. Hizo una breve pausa-. Pero si no... tampoco creo que me vaya a importar demasiado. Estaré muerto de todos modos.

Aleurian pareció vacilar un instante, pues tardó en contestar.

-¿Y qué pasará con Araviander y conmigo, con la academia?

Alandier dio un respingo, sorprendido.

-Para entonces él ya será un Archimago y habrá abandonado la torre; y tú serás un elfo viejo reviejo y no tendrás ganas ni de vivir. Te recuerdo que tan solo te saco diez años. O ¿qué te has creído? ¡Que no estoy hablando de morirme mañana! Espero. En cuanto a la academia... no te preocupes, estoy seguro de que el rey se encargará de buscarme un sustituto. Seguro que será Aember. Por fortuna no estaré vivo para ver eso.

Aleurian se rio, pero no tardó en recuperar su actitud anterior.

-Le echaré de menos -dijo en un tono apenas audible. Imaginé que Alandier habría esbozado su habitual sonrisa, pues solo lo vi alzar la mirada hacia el techo. -¿Ve algo? -le preguntó Aleurian de repente.

-Pensaba. -Respondió con voz ausente. -¿Recuerdas el día en que me propusiste abrir una academia de magia?

-Dijisteis que era una idea absurda. -fue la respuesta del otro.

Alandier rio.

-Sí, lo dije. Y lo pensaba. Sin embargo, ahora siento que es lo único que me queda.

-La fundamos los cinco. Ahora sólo quedamos dos.

-Ahora sólo quedamos dos -repitió el Archimago con pesar.

-¿A dónde quiere llegar?

-Quiero mantener la academia, pero también a Araviander. Llevo más de doscientos años viviendo con limitaciones. No puedo pelear, no puedo usar la magia a mi antojo, no puedo abandonar el reino a menos que sea para asistir a reuniones importantes... Soy una de las personas más poderosas de este reino y no tengo libertad para hacer nada. No tengo mujer, ni hijos, y a veces creo que de Archimago no me queda más que el título. Necesito esto para sentirme útil... y que tú me apoyes, como siempre has hecho. Eres más inteligente que yo, siempre has sabido ver las cosas con más claridad que yo. Dame una opción que no consista en ceder una de las dos cosas. -No pude contener una exclamación de sorpresa al escuchar aquello.

Aleurian dejó escapar un leve suspiro y permaneció en silencio un

instante.

-¿Reducción de horario? -propuso.

-¿Reducción de horario? -preguntó el mago, sorprendido.

-Es lo único que se me ocurre -dijo Aleurian.

-Está bien, está bien, no es mala idea. Habría que verlo con más detenimiento, pero no ahora. Araviander tiene que estar a punto de llegar, acordamos que le ayudaría con la lectura del libro.

-Os dejo pues, yo también tengo cosas que hacer por aquí.

-Bien, luego hablamos.

La bola dejó de brillar, lo que me dio a entender que la comunicación había acabado.

Decidí aguardar un breve instante antes de llamar a la puerta, no quería que sospechara de que había escuchado la conversación -, de la cual no pensaba mencionar nada, por supuesto-. Alandier me invitó a pasar al instante y me miró con una enigmática sonrisa.

-Vaya, parece que mis dotes adivinatorias continúan funcionando a la perfección. -comentó.

Sonreí levemente al tiempo que abrazaba de forma inconsciente el libro que hablaba de la magia de las estrellas, con cierto nerviosismo.

-Vamos, siéntate -me indicó mientras separaba la silla que solía ocupar de su escritorio para empezar a hacerme un hueco a continuación.

Me dirigí con paso vacilante hacia el escritorio y me senté junto al Archimago.

No obstante, de poco me sirvió aquella mañana la clase. Mi mente estaba más centrada en darle vueltas a la conversación que acababa de escuchar, tratando de analizar hasta la última palabra, que en la explicación de cómo los elfos nuldar eran capaces de percibir cualquier alteración en la energía de las estrellas.

A pesar de que tuve especial cuidado de no mencionar ni una palabra que pudiera hacer sospechar a Alandier que había estado escuchando, no podía evitar dirigirle alguna que otra mirada discreta cuando no me miraba; como si aquello me fuera a ayudar a comprenderlo mejor.

Por la tarde decidí quedarme en mi cuarto y repasar por mi cuenta lo que Alandier me había explicado. O sea, que me tocaba leerlo por primera vez prácticamente y tratar de comprenderlo por mí mismo.

Estaba tan enfrascado en mi tarea que ni siquiera me di cuenta de lo que tenía lugar abajo; al menos hasta que, de repente, una gran sombra ocultó la luz del sol que entraba por el ventanal de mi habitación, haciéndome levantar la vista de mis estudios para encontrarme con un ala membranosa pasando a apenas un metro del cristal.

Fue tal el sobresalto que hasta caí de la silla -, lo que me hizo sentir especialmente ridículo -, quedé completamente petrificado, sin saber si apartar la vista y salir corriendo o simplemente seguir observando y

aguardar lo que tuviera que ocurrir.

Pero no ocurrió nada.

Unos minutos después, escuché la voz de Alandier, seguida de un agudo chillido. Invasado por la curiosidad, me acerqué hasta el ventanal y me pegué a él para poder ver qué era lo que ocurría abajo. Desde mi posición, pude alcanzar a distinguir la figura del Archimago, diminuta ante la gran criatura que se alzaba frente a él; diría que era un dragón por las alas, pero era demasiado alargado.

Retrocedí un par de pasos al tiempo que me mordía el labio inferior, indeciso porque quería bajar para poder ver mejor a la criatura, pero, al mismo tiempo, temía que al verme dejara de obedecer las órdenes de Alandier y perdiera el control.

Me acerqué una vez más al cristal, decidido a seguir observando a la criatura desde mi posición al menos, pero cuando miré hacia el lugar, tan solo distinguí a Alandier, no había ni rastro del supuesto dragón. Me acerqué todavía más al cristal e inspeccioné atentamente cada rincón del patio de la torre, para hacer lo mismo con el cielo. No podía haber desaparecido sin más, medía cerca de treinta metros.

Entonces vi que el Archimago daba media vuelta y empezaba a caminar hacia la torre. ¿Dejaba que aquella criatura hiciera lo que quisiera por ahí?

Cansado de preguntas sin respuesta, abandoné mi cuarto y empecé a bajar las escaleras con la intención de interceptar a Alandier.

Nos encontramos cuando él empezaba a subir hacia la primera planta. Aparecí de repente ante él, cortándole el paso -sin que fuera aquella mi intención-, y me di unos segundos para tomar aire antes de hacer

preguntas, frente a la mirada divertida del Archimago.

-¿Y esas prisas? -preguntó.

Respiré un par de veces más antes de poder decir algo.

-¿Y.... el dragón...? Vi... un dragón.

Alandier esbozó una sonrisa que reflejaba cierta diversión.

-Te tengo que enseñar el hechizo para levitar con urgencia.

Más recuperado, lo miré con cierta confusión. ¿Cómo podía hablar tan tranquilo? ¿De dónde había salido aquella bestia? ¿Tal vez hubiera usado sus poderes para hacer que se marchara? ¿O acaso lo habría llamado él y lo había sometido a algún conjuro para que hiciera lo que le ordenara? ¿Podía hacer eso?

Vi que empezaba a rebuscar en uno de los bolsillos de su túnica.

-Araviander, te presento a Jade -dijo mostrándome una figurilla de tamaño mediano que representaba a una especie de serpiente con alas de dragón; tallada en una piedra de color verde.

Enarqué una ceja.

-Yo he visto un dragón de verdad -protesté.

-Claro que lo has visto. Ya te dije que Jade era real. Esto no es más que el amuleto que uso para llamarla. ¿Recuerdas que te lo expliqué?

-Sí -fue mi respuesta. Vacilé un instante antes de formular mi siguiente pregunta. -Y... ¿podría conocerla? Dijisteis que me la presentaríais.

Alandier sonrió ampliamente.

-Cierto. Acompáñame entonces -dijo mostrándome con un ligero movimiento la figurilla.

Con gran ilusión, lo acompañé al exterior de la torre y vi cómo depositaba la figura en el suelo. Retrocedimos un poco.

-Quédate detrás de mí al principio. No hagas movimientos bruscos, ni te acerques hasta que te lo indique. Por supuesto, muestra mucho respeto, Jade es una dama orgullosa y algo presumida -me dijo, y guiñó un ojo. - Pero yo no te he dicho esto último.

-No, no -contesté con una sonrisa.

Alandier miró de nuevo la estatuilla y formuló las palabras para traer al dragón.

-Vhadah Jade.

Al momento, los ojos de la figura comenzaron a brillar y la piedra comenzó a cambiar. Vi cómo crecía cada vez más, cobrando brillo y perdiendo rigidez para dar paso a un grácil y alargado cuerpo escamoso. Desde la cabeza cornuda hasta la mitad del cuello, una espesa capa de plumaje verde ocultaba las escamas. Las patas delanteras estaban fusionadas con las alas membranosas, y terminaban en garras tan largas como espadas.

Una vez que hubo acabado de transformarse, nos miró a ambos con cierta expresión altanera en sus brillantes ojos dorados.

Miré al Archimago, quien observaba a su vez a la dragona con una media sonrisa antes de realizar una leve reverencia ante el formidable reptil. Jade simplemente se dedicó a acercar su alargado hocico y olfatear el cabello del mago, revolviéndolo a causa de la gran cantidad de aire que expulsó por los ollares.

Sólo cuando el dragón alzó de nuevo la cabeza, Alandier se irguió otra vez y me señaló. Los ojos de Jade se posaron entonces en mí.

-Bienvenida de nuevo, mi querida amiga. Quería presentarte a alguien.

Jade acercó más su inmensa cabeza, hasta estar a un metro más o menos de mi rostro y olfateó, envolviéndome en un insoportable olor a azufre cuando expulsó el aire de nuevo, haciéndome toser.

-No la mires a los ojos -escuché que me susurraba Alandier-, todavía no.

La dragona continuó estudiándome un instante más antes de producir un gruñido gutural, similar al ronroneo de un gato, pero mucho más fuerte.

Dirigí una ligera mirada hacia el Archimago y pude apreciar una amplia sonrisa iluminando su rostro.

-Parece que te acepta. -me dijo. -Puedes mirarla.

Obedecí sus palabras, así, sin más, y que pasara lo que tuviera que pasar.

Alcé la mirada lentamente, con el corazón oprimido por el terror que me provocaba la dragona, y ante mí, encontré el final del largo hocico.

-Puedes acariciarla; eso sí, hazle algún cumplido -me susurró Alandier con una sonrisa burlona.

Todavía más despacio que cuando levanté la mirada, acerqué la palma de la mano al escamoso hocico. El tacto no fue tan desagradable como esperaba. No era húmedo y viscoso, sino seco y duro como una roca. Esboqué una amplia sonrisa, rebosante de emoción.

-Eres preciosa -le dije, lo que hizo que la vanidosa dragona ronroneara de nuevo.

Alandier dejó escapar una carcajada.

-Le encantan los cumplidos. -Comentó, lo que se ganó una mirada ligeramente desdeñosa por parte de la dragona.

Alandier se acercó hasta donde yo estaba y acarició también el hocico escamoso.

-¿Te atreverías a dar una vuelta? -me preguntó al tiempo que esbozaba una sonrisa maliciosa.

Yo abrí los ojos como platos al escuchar aquello.

-¿Cómo? ¿Decís...en el aire?

El mago rio con auténticas ganas.

-No, bajo tierra si te parece, el dragón topo. -contestó mientras subía ágilmente a la grupa de Jade, posicionándose entre la base del cuello y el inicio de las alas.

A continuación, la dragona agachó la cabeza hasta casi posarla en el suelo, con la intención de facilitarme la subida. No obstante, no podía evitar continuar mirándola dubitativo.

-Es ahora o nunca -me advirtió Alandier desde arriba, esbozando una sonrisa que reflejaba su diversión. -Jade odia que la rechacen -me aclaró - , si no aceptas su oferta ahora, jamás te la volverá a proponer. -Su expresión se tornó ligeramente burlona. -Y créeme, sería una auténtica pena. Te estarías perdiendo una de las mejores experiencias que podrías vivir. -Sus palabras no hicieron más que incrementar mis dudas. -¿Qué dices, chico?

Finalmente, dispuse mis manos sobre el cuello de Jade y me impulsé con ambas piernas, quedando encaramado a medias en el cuello. Cuando por fin consideré que mi posición era estable, alcé la mirada hacia Alandier, y en el rostro del Archimago, pude distinguir una sonrisa aprobadora. Me

tendió la mano.

Aquel gesto hizo que una gran emoción me invadiera por dentro. Saber que alguien por fin aplaudía una decisión mía, sentir que no me había equivocado con ella. Avancé torpemente, aunque lo más rápido que pude, hasta alcanzar su mano. Alandier agarró con fuerza la mía y tiró de mí para ayudarme a superar el último tramo que me quedaba.

Una vez arriba, me senté delante de Alandier, quien me sujetó de forma protectora.

-Será mejor que te agarres bien, el despegue es un poco violento -me avisó.

Empecé a buscar las riendas, pero no vi ninguna, ni siquiera una silla de montar.

-¿A qué? -pregunté con cierto asomo de terror en la voz.

Alandier rio divertido.

-A lo que pilles.

-¿Qué?! -exclamé, aunque casi no me dio tiempo a terminar antes de que Jade extendiera sus enormes alas y se elevara de un fuerte salto que hizo que me fuera hacia atrás y chocara contra el pecho de Alandier, quien, por fortuna, estaba bien sujeto, como indicaba la tensión en los músculos de sus antebrazos y las manos, hasta el punto de que sus nudillos se veían blancos.

Rápidamente, adopté la posición más protectora que fui capaz, recostándome contra el cuello de la dragona y me atreví a alzar la mirada hacia la cabeza del animal. La forma en la que atravesaba las nubes, como si fuera una flecha, mientras subíamos, me cautivó de forma hipnótica, haciéndome imposible apartar la mirada.

Cuando miré a mi lado, pude apreciar que los músculos de Alandier estaban mucho más relajados, como si se sostuviera sobre la dragona sin ningún esfuerzo; algo que no pudo dejar de sorprenderme teniendo en cuenta que podía sentir el estómago en la mismísima garganta.

Por fin llegamos a lo más alto, sobre las nubes, y fue el lugar que Jade escogió para relajar su vuelo. Eran unas vistas hermosas, por debajo, las nubes parecían trozos de algodón y en el horizonte, los colores rosados del atardecer lo invadían en su totalidad. Mi mirada quedó clavada en la imagen que tenía lugar ante mí, a pesar de que hacía frío, mucho frío; de hecho, el único calor que sentía era la tibia calidez del cuerpo de Alandier en la espalda. Además, me costaba respirar, pero di por hecho que era a causa del miedo y los nervios que había sentido (y aún sentía).

De repente, sentí la mano del mago sobre mi hombro, y un agradable calor empezó a invadir mi cuerpo desde dentro.

-Un conjuro de protección térmica, hace frío tan arriba. Y... -realizó un breve pase mágico tras el cual sentí cómo la falta de aire también se esfumaba-... el oxígeno también es un poco escaso aquí.

-Gracias -le dije.

Conforme pasaba el tiempo allí arriba, sentía cómo el terror inicial iba desapareciendo. De repente, me encontré disfrutando plenamente del paseo.

Jade descendió un poco más, atravesando las nubes otra vez. Entonces, ante mí, apareció un extenso bosque, y en el centro, distinguí la torre más alta de la academia sobresaliendo de entre las altas copas de los árboles.

-Qué mejor forma de enseñarte el terreno que esta -comentó Alandier de repente.

No pude estar más de acuerdo con él.

No obstante, el paseo no duró mucho más, pues la noche empezó a asomar y Alandier hizo descender a la dragona. El terror volvió a mí en aquel preciso instante, cuando Jade empezó a descender en picado, haciendo que el viento me golpeará violentamente en la cara hasta el punto de hacer que me lagrimearan los ojos. Una vez más, Alandier me sujetó de forma protectora, y yo no dudé en aferrarme a su brazo con fuerza mientras apoyaba mi cabeza contra su pecho y cerraba los ojos tan fuerte como era capaz.

La dragona se posó grácilmente sobre el suelo a pesar de la gran velocidad que había llegado a alcanzar durante el descenso. Yo seguía aferrado a Alandier con todas mis fuerzas, con la cabeza tan pegada a su pecho que podía escuchar a la perfección los latidos acelerados de su corazón... ¿o eran los míos?

-Me vas a cortar la circulación en el brazo -me dijo con tono divertido.

Poco a poco, fui abriendo los ojos otra vez.

Estábamos en el suelo, ¡vivos! Lentamente, solté el brazo de Alandier y apoyé las manos otra vez en la base del cuello de Jade.

Detrás de mí, el Archimago se levantó y bajó ágilmente hasta el suelo, para volverse hacia mí a continuación.

-¿Te ayudo? -me preguntó mientras extendía su mano hacia mí.

Asentí levemente al tiempo que agarraba con fuerza la mano que me tendía.

-Gracias -atiné a decir a pesar de los nervios que aún sentía.

Me escurrí por el flanco de la dragona hasta el suelo, sin soltar la mano de Alandier, quien se encargó de ayudarme a tenerme en pie.

-¿Bien? -me preguntó, a lo que respondí con un leve asentimiento de cabeza mientras soltaba por fin su mano. -Bueno, ¿qué te ha parecido? -me preguntó con una amplia sonrisa.

Alcé la mirada hacia él, y detrás, distinguí a Jade, que me miraba fijamente. Las marcadas comisuras de la boca simulaban una sonrisa, tan amplia como la que esbozaba el Archimago que la montaba.

Sonreí tímidamente yo también.

-Ha sido una experiencia... inolvidable. La más asombrosa que haya podido vivir -admití.

Y la sonrisa de Alandier se amplió más si cabe.

-Te lo dije. Ya te dije que te arrepentirías si rechazabas la oferta - respondió; y, a pesar del miedo que había pasado, tuve que admitir una vez más que tenía razón. -Eres valiente, niño. -Me dijo mientras caminaba hacia uno de los laterales de Jade y se recostaba lánguidamente contra su flanco.

Instantáneamente, la dragona rodeó al mago protectoramente con la cola. Los miré sorprendido y me acerqué a Alandier, no sin cierta reticencia por lo que Jade opinara sobre mi acercamiento, y me senté a su lado.

-Entonces... ¿vos montáis siempre en dragón? ¿Sois su jinete? -pregunté sin poder contener del todo mi entusiasmo y mi admiración.

Pero Alandier se dedicó a sonreírme y a negar con la cabeza.

-No, chico, yo no soy su jinete, del mismo modo que ella no es mi montura -me dijo mientras dirigía una leve mirada a Jade, quien observaba fijamente el horizonte semi oscurecido. -Soy su compañero. Verás, Araviander, decir que soy su jinete es decir que me pertenece de algún modo, y Jade no me pertenece. Jade pertenece a la naturaleza, como yo, como el resto de los seres vivos. Decir que un ser me pertenece, es como decir que soy superior a dicho ser; y no es así. Nada es superior a nada. Por eso yo soy el compañero de Jade, y ella es mi compañera, porque ambos lo elegimos, nos elegimos. Podremos ser compañeros para siempre, o hasta que encontremos a un compañero... más apropiado. Ella es libre de irse cuando quiera, del mismo modo en que yo soy libre de irme cuando quiera. ¿Lo entiendes?

Permanecí un instante en silencio.

-Creo que sí -fue mi respuesta.

Aquello arrancó una breve carcajada a Alandier.

-Perfecto. -Miró a su compañera dragona. -Jade es una Wyrdom, una especie híbrida de las dos especies de dragones menos apreciadas en el mundo. Los Lindworm son a menudo despreciados por su aspecto terrorífico y fiero, pero realmente no son agresivos, mientras no te entrometas en su territorio, un Lindworm rara vez ataca. Además, el hecho de que se alimenten de carroña no ayuda a mejorar su imagen. Por otro lado, los Wyvern son considerados débiles por el hecho de ser más pequeños que otros tipos de dragones, pero son realmente rápidos, ágiles, astutos, inteligentes. Si a eso le sumas la infinita fidelidad de los Lindworm, obtienes el dragón perfecto. -Sonrió ampliamente. -Estoy muy contento de que me escogiera como su compañero. -De repente, un fuerte ataque de tos hizo que interrumpiera sus palabras.

Al momento, Jade volteó la cabeza hacia nosotros y la acercó a Alandier, quien trataba de recuperar el aliento. Le indicó con un gesto que se encontraba bien, y la dragona volvió a su posición original.

El Archimago volvió a recostarse y apoyó la cabeza otra vez en el flanco del animal.

-Ella... sabe lo que me pasa, que estoy enfermo. Nunca me quita el ojo de encima. -Lo miré con gran sorpresa.

-¿De verdad?

Alandier asintió.

-Los dragones son extremadamente inteligentes. Ya lo sabía cuando decidió escogerme. Supongo que, igual que vio lo malo que hay en mí, también vio algo bueno que la acabó de convencer.

-Sois una buena persona -le corroboré.

Al instante sus ojos se posaron en mí y me sonrió, pero no dijo nada. Volvió a mirar al frente.

-Hago lo que puedo -acabó diciendo.

Mi mirada se posó en Jade.

-Pero creí que habíais dicho que habitaba en otro plano.

Una leve sonrisa se formó en sus labios.

-Y así es.

-Entonces... ¿cómo os eligió?

-No siempre habitó en otro plano. Hubo un tiempo en que pertenecía a este mundo. Yo la envié a otro plano.

Lo miré estupefacto.

-¿Por qué?

-Para que pudiéramos convivir. Ella eligió convertirse en mi compañera, de modo que transformé su cuerpo en una figurilla y envié su esencia a otro plano. No obstante, puede volver a este siempre que quiera, como has visto antes, y quedarse el tiempo que guste. Aunque normalmente sólo suele venir cuando la llamo. Si ella decidiera dejar de ser mi compañera, yo la devolvería a su forma original, y a este plano, para que pudiera ser libre.

Enarqué una ceja y en mis ojos apareció el brillo de la duda sin que pudiera evitarlo.

-¿Lo haríais de verdad?

Alandier pareció un poco ofendido.

-Por supuesto que la dejaría. Le di mi palabra. Además, no olvides que podría volver a su forma original si quisiera y acabar conmigo en el caso contrario. -Miró a Jade. -También ella me dio su palabra. -dijo con tono divertido.

-Es una buena razón -coincidí.

-Una muy buena, de hecho. Confianza mutua. Por eso nos llevamos tan bien. -contestó con una amplia sonrisa.

No obstante, su gesto se tornó repentinamente a uno de dolor; y vi cómo

se llevaba la mano al costado derecho.

-¿Os encontráis bien?

Alandier asintió.

-Sí, descuida, me pasa a menudo. -Miró hacia la torre. -Deberíamos ir ya dentro. Pronto hará frío y me sienta como una patada en las narices.

No pude evitar sonreír, divertido ante los comentarios de Alandier, tan impropios en alguien de su estatus. Sin embargo, ninguno nos movimos ni hicimos el menor gesto de levantarnos.

-Sé que has escuchado la conversación que mantuve esta mañana con Aleurian -me dijo de repente, lo que hizo que se me cortara la respiración de golpe.

Volvió la cabeza hacia mí para poder mirarme.

-Lo siento mucho. No era mi intención espiaros. -confesé, con la cabeza gacha.

Alandier se quedó durante un largo rato en silencio. Yo, por mi parte, esperaba la reprimenda que, teóricamente, tendría que llegar en cualquier momento, pero nunca llegó.

-No vuelvas a hacerlo. Nunca. No me gusta nada que me espíen. -fue lo único que me dijo, con un tono tan frío y cortante que no dio lugar a

réplicas por mi parte.

No pude evitar permanecer unos instantes observándolo con cara de bobo, todavía perplejo por el tono.

-¿Lo has entendido? -demandó, haciendo que saliera de una vez por todas de mi embobamiento y asintiera de forma enérgica.

Instantáneamente, el gesto de Alandier se suavizó otra vez, pero no me dijo nada más, simplemente volvió a mirar hacia el frente.

-Lo siento -murmuré a la vez que agachaba la cabeza.

-No te preocupes. Pero tenlo en cuenta. No te voy a repetir esto, así que es mejor que no haya segunda vez. -dijo en un tono más suave, pero igual de firme.

Asentí.

-Lo he entendido.

No volvimos a formular palabra alguna durante un buen rato; de hecho, no volvimos a hablar hasta que Jade decidió volver a convertirse en figurilla y nosotros regresamos a la torre.

El mago miró un momento la figurilla que todavía llevaba en la mano antes de guardarla en uno de los bolsillos de su túnica.

-A ver si mañana la saco otro rato. Bueno, si la señora decide venir, que ha habido veces en las que me ha dejado plantado. -Comentó, y no pude evitar una ligera sonrisa a pesar de la ligera incomodidad que me había dejado la pequeña bronca.

-¿Puede hacer eso? -Alandier centró su atención en mí. -¿Puede ignorar vuestra llamada?

-Puede hacer lo que quiera. Se supone que es un ser leal que no dudaría en acudir a cualquier llamada de auxilio que le hiciera; pero si ve que no me estoy muriendo y no tiene ganas de venir... pues no viene. -se encogió de hombros demostrando una ligera indiferencia al formular estas últimas palabras. -Por lo menos esta vez no ha decidido que le apetecía verme hacer el ridículo y ha acudido a mi segunda llamada.

Reí por lo bajo al imaginar la escena en el supuesto caso de que hubiera decidido no venir.

-Me ha gustado conocerla... y el paseo.

Alandier sonrió con cierta malicia.

-A ella también le has caído bien. Ya te lo he dicho, pero te lo vuelvo a decir, has sido valiente. Admito que yo hubiera puesto muchos más reparos a la idea de montar en un dragón.

Justo en aquel instante, recordé su sonrisa aprobadora, su mano extendida ofreciéndome su ayuda.

"Gracias por creer en mí" me hubiera gustado decirle, y a punto estuve de hacerlo, pero de mis labios salió otra cosa completamente distinta.

-Iba con vos, sé que no hubierais dejado que me pasara nada.

Alandier sonrió levemente.

-Igualmente. Yo hubiera puesto muchos más reparos -dijo antes de reír. - Sobre todo, porque en mi caso hubiera sido Aravalos quien me hubiera "protegido" -dijo esto último marcando las comillas con los dedos.

De repente se hizo un profundo silencio entre nosotros.

El Archimago alzó una ceja.

-Conozco ese silencio. Es el previo a una de tus famosas preguntas. -dijo con tono que reflejaba levemente diversión.

-¿Lo decíais en serio? Lo que le dijisteis a Aleurian -acabé por preguntar. No obstante, casi al instante, sacudí la cabeza en una negación. - Olvidadlo. -Alcé la mirada hacia el rostro de Alandier, esperando atisbar una expresión molesta, pero no fue aquella la expresión que encontré. Realmente, no sabría definir muy bien qué expresión encontré en su rostro. -No era eso lo que quería preguntar. -me disculpé al tiempo que me volvía, dispuesto a ir hacia las escaleras para regresar a mi habitación.

Pero entonces sentí que Alandier me agarraba del cuello de la capa que llevaba y me obligó a girarme.

-Lo primero, no pienso subirte la cena -dijo con expresión divertida.

-Es cierto, olvidé que íbamos a cenar. -respondí al tiempo que me golpeaba la frente con la palma de la mano, lo que hizo reír al otro.

-Y lo segundo... sí, iba en serio. -No pude evitar mirarlo con gran sorpresa ante aquella respuesta. -Es algo que tengo aceptado desde hace mucho tiempo, pero no creo que lo termines de entender, de modo, que no le des más vueltas. -Culminó con una leve sonrisa. -Anda, vamos a cenar, estoy muerto de hambre ahora mismo.

Decidí no indagar más en el asunto y aceptar la propuesta de Alandier, quien, poco a poco, se fue sumergiendo en las sombras del pasillo. Finalmente, lo seguí también; aunque me resultó imposible no acordarme de una de las respuestas que Alandier le dio a Aleurian:

"Para entonces él ya será un Archimago y habrá abandonado la torre; y tú serás un elfo viejo reviejo" "¡Que no estoy hablando de morirme mañana!"

Sentí cómo una leve sonrisa se formaba en mis labios. Para entonces yo ya sería un Archimago, como lo era él ahora. Y para eso todavía quedaba mucho tiempo.

Capítulo 10

10. Una tarde de vértigo

Aquella tarde, después de nuestra habitual clase teórica, Alandier decidió que era hora de añadir alguna práctica a mi recién iniciado aprendizaje.

Cumpliendo la promesa que llevaba un par de días haciéndome, decidió que me iba a enseñar a levitar, argumentando que era uno de los hechizos más comunes y útiles que se podían enseñar, al menos entre los elfos.

—¿Seguro que no va a ser difícil lo que me va a enseñar? —le pregunté por enésima vez desde que me lo dijo a primera hora de la mañana.

Ambos subíamos las escaleras que nos llevarían a la planta inmediatamente superior a la que albergaba nuestras habitaciones y, a decir verdad, me inquietaba la razón por la que Alandier había decidido enseñarme esto tan cerca de una escalera tan alta.

—Levitar no, pero otros muchos sí son más complejos —contestó. —Este es relativamente sencillo. Básicamente es decir "Avda" para subir y "Vagda" para bajar. Es fácil, y más cuando domines el dialecto antiguo, es arriba y abajo.

—¿Y con eso basta? —pregunté tan extrañado como sorprendido.

—Bueno, también tienes que concentrarte mucho para poder visualizarte haciéndolo... y poder dominar la magia. Esto último ya lo tienes, sólo te quedan las otras dos.

—Que no es poco.

—No —coincidió Alandier—, pero se puede conseguir.

Sonreí levemente mientras Alandier se asomaba al hueco de la escalera.

—Creo que desde aquí bastará —dijo.

Me acerqué a él y me detuve a su lado.

—¿El qué? —le pregunté.

—¿O prefieres una planta más arriba?

—Pero ¿para qué?

—Pues para tirarte —dijo con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Qué?! —exclamé confundido a la vez que los ojos se me abrían de par en par.

—A ver, no te voy a tirar directamente por el hueco de la escalera, primero practicaremos sobre el suelo, pero es por saber si prefieres tirarte desde aquí o desde una planta más arriba.

—No quiero tirarme.

—Ya, pero es un buen método. No te va a pasar nada, para algo estoy yo aquí.

—Pero...

—Tú confía en mí, Archimago Supremo del reino de las estrellas es un título muy largo, digo yo que para algo servirá, ¿no?

—Si yo confío en usted pero... está muy alto.

—Sí, esa es la gracia.

—A mí no me hace ninguna —. Permanecí un breve instante en silencio—. Que sea desde aquí.

—Ummm... de acuerdo, tendré que reaccionar rápido en el caso de que no vaya bien.

Los ojos se me abrieron hasta no poder más.

—Está bien, pues una planta más arriba.

—Más grande es la caída —dijo como si nada.

Miré al archimago con los ojos desorbitados por el miedo.

—Alandier, no me estáis ayudando nada.

—Tranquilo, tan solo bromeaba, es completamente seguro —dijo dedicándome una amplia sonrisa abierta al terminar de hablar.

Yo enarqué una ceja no muy convencido.

—Está bien.

—¡Perfecto! Empecemos pues —exclamó con entusiasmo—. Bien, antes de nada, lo primero que tienes que hacer es concentrarte mucho. Para ello es necesario que te relajes al máximo; de modo que respira hondo varias veces y deja la mente en blanco. Cierra los ojos y no pienses en que después te vas a tirar por el hueco de la escalera.

Fruncí el ceño y abrí los ojos para mirar a Alandier.

—¡Archimago!

El otro estalló en carcajadas.

—Lo siento, no he podido evitarlo. Ahora en serio, cierra los ojos y

relájate. Visualízate levitando.

Hice lo que me decía. Cerré los ojos e intenté concentrarme.

—Cuando consideres que estás preparado, pronuncia la palabra "Avda", y, si lo haces bien, deberías empezar a levitar.

Asentí, nos quedamos en absoluto silencio, permitiéndome así que pudiera concentrarme. Cuando lo consideré oportuno, formulé la palabra para levitar y aguardé un instante, pero nada.

—No noto nada —le dije al archimago.

—Claro, no estás levitando.

Abrí los ojos y lo miré.

—Vaya, parece que me va a costar aprender esto.

—Bah, bueno, no te desanimes, no es más que la primera vez. Debes ser paciente. —Me dijo mientras cruzaba los brazos sobre el pecho y apoyaba todo su peso en una sola pierna, inclinando ligeramente la cadera hacia un lado.

Animado por sus palabras, volví a cerrar los ojos e intenté concentrarme, sin embargo, no fue hasta media hora más tarde cuando conseguí elevarme un par de centímetros del suelo, pero no tardé en desconcentrarme y caer de bruces al suelo. No obstante, el hecho de que

consiguiera elevarme ya enorgulleció al archimago. Se agachó junto a mí.

—¿Estás bien, Araviander?

Levanté la cabeza entre quejidos de dolor hasta alcanzar a ver los ojos de Alandier y asentí.

—Creo que sí.

—Perfecto —dijo tendiéndome la mano y sujetándome mientras me ayudaba a ponerme en pie—. Lo has hecho bien, ánimo chico, ya casi lo tienes.

Le dediqué una leve sonrisa de satisfacción ante sus palabras.

Estuve practicando durante casi media hora más, sin muchos resultados hasta que por fin conseguí elevarme unos tres metros. Recuerdo que, de repente, dejé de sentir el suelo bajo mis pies tras pronunciar la palabra "Avda", como las veces anteriores, de modo que no le di importancia hasta que escuché la voz de Alandier llamándome con entusiasmo.

—¡Ya puedes abrir los ojos! —dijo.

Y lo peor que pude hacer fue obedecerle. En cuanto los abrí, me entró el pánico a las alturas y me desconcentré, cayendo sobre el archimago, que no reaccionó a tiempo para formular un hechizo de telequinesis.

Apoyé las manos en el suelo y extendí los brazos para levantar la parte superior de mi cuerpo. Escuché que Alandier dejaba escapar un leve

quejido.

—¡ Perdonad, Alandier! —exclamé a la vez que me levantaba por completo, permitiendo así que pudiera incorporarse.

—No importa, cualquier cosa por mis aprendices —dijo—. Espero que no te hayas hecho daño al chocar.

—No. Pero me temo que tengo un poco de vértigo —dije tendiendo la mano al archimago.

Alandier aceptó mi ayuda.

—Bien. Practica si quieres un poco más aquí y luego... —señaló con una sonrisa el hueco de la escalera.

Tragué saliva con fuerza.

—Está bien.

Sólo cuando logré elevarme y descender sin ningún problema, Alandier me indicó que me acercara a la balaustrada de la escalera. Nada más asomarme al hueco esta, sentí una extraña sensación en el estómago, como si él mismo cayera al vacío.

—Vale, chico —dijo Alandier mientras pasaba sus largas piernas por encima de la balaustrada—. Esto es exactamente igual que en el suelo, solo que si esta vez no levitas, te darás un buen golpe...

—Alandier...

—Pero para eso estoy yo —dijo depositando suavemente su mano sobre la parte superior de su pecho.

Acto seguido, se lanzó al vacío para comenzar a levitar al instante. No pude evitar respirar aliviado.

De repente, escuché la risa de Alandier, que me observaba desde las alturas.

—Habría sido gracioso que me hubiera estampado contra el suelo después de haberte estado diciendo que era completamente seguro.

—¡No! —exclamé.

Alandier se rió de nuevo mientras se posaba sobre la barandilla.

—Te toca, niño.

Miré hacia abajo una vez más antes de decidirme a pasar la pierna por encima de la barandilla, bajo la atenta mirada del archimago.

Sentí que los miembros comenzaban a temblarme, por lo que respiré hondo tratando de calmarme. Sólo cuando lo creí oportuno, me dejé caer al vacío.

No obstante, los nervios me jugaron una mala pasada y fue necesaria la intervención de Alandier, que me salvó por un par de metros de estrellarme contra el suelo, y me elevó de nuevo hasta la balaustrada desde la que me había tirado.

—No puedo, Alandier, me bloqueo en cuanto me veo caer.

—No es más que la primera vez, no te desespere.

—Ya.

—¡Vamos! ¡Inténtalo otra vez!

No sé cuántas veces repitió Alandier aquellas palabras, supongo que tantas veces como las que me recogió. Y, aunque al principio sus palabras me infundían ánimos, cuando ya me había tirado cerca de cien veces y veía que la tarde empezaba a dar paso a la noche, sin que yo obtuviera ningún resultado, aquellos ánimos comenzaron a desaparecer.

Estaba ahora apoyado en la barandilla, mirando hacia abajo mientras trataba de relajar la mente.

—¿Vas otra vez? —me preguntó de repente Alandier, lo que me hizo mirarlo.

Al igual que yo, estaba apoyado sobre el pasamano, con la barbilla apoyada sobre la palma de su mano.

Me encogí de hombros.

—¿Qué otra opción tengo? —dije antes de pasar otra vez la pierna por encima de la balaustrada.

Intenté dejar la mente en blanco, tal y como me había dicho Alandier que hiciera, para centrarla únicamente en el conjuro. Y una vez más, me arrojé al vacío.

En aquella ocasión, no llegó ningún hechizo por parte de Alandier para detener mi caída.

Desconocía el número de veces que había repetido el conjuro aquella tarde, pero la sequedad en la boca y la leve irritación en la garganta me decían que más de lo que lo había hecho en toda mi vida. Si no lo había desgastado ya, poco me quedaba para hacerlo. Y al paso que iba Araviander, no dudaba de que lo conseguiría, desgastar el hechizo, por supuesto.

Repetí el conjuro un par de veces más, con la idea de proponerle al pobre muchacho que lo dejara para mañana, cuando, de repente, mientras lo formulaba una vez más, Araviander detuvo la caída por su cuenta. No pude evitar echarme sobre la barandilla casi, con la intención de ver mejor la escena y profundamente sorprendido.

¡Sí! ¡Estaba levitando por su cuenta!

—¡Lo conseguiste! —exclamé con gran alegría. Y alivio, a quién quiero engañar.

Sin perder un instante, salté por encima de la balaustrada y activé el conjuro yo también. Descendí a una velocidad considerable por el hueco de la escalera hasta posarme junto a él, que levitaba a medio metro más o menos del suelo.

Araviander mantenía a duras penas el control de sus movimientos en el aire.

—Esto es difícil de controlar —me dijo.

—Al principio cuesta un poco, pero ya verás cómo pronto lo controlas.

—¿Puedo bajar ya? —me preguntó con notable nerviosismo.

Enarqué una ceja.

—No me puedes decir que es por miedo a las alturas.

—No, pero es una sensación incómoda.

—Sensación incómoda. —Mascullé, completamente en desacuerdo con él. Aunque no pude contener una leve risa ante su cara de miedo cuando se elevó un poco más sin querer. —Está bien. ¿Recuerdas el contrahechizo? —le pregunté a la vez que lo agarraba del cinturón y lo bajaba.

—¿Vagda? —dijo no muy convencido.

Al momento cayó de bruces al suelo.

—Sí —dije.

—No te muevas... ¡Ya está! —Dijo Alandier a la vez que alejaba el pañuelo que había usado para detener la hemorragia de mi nariz—. Mejor no te toques mucho la zona.

—Me duele.

—No me extraña, te has dado un buen golpe. Eh... te vuelve a sangrar —dijo cogiendo un trozo de algodón y metiéndomelo en el orificio derecho de la nariz—. Déjate un rato.

El mago se reclinó un poco y se acomodó contra el brazo del diván. Mientras, yo luchaba por no pensar en el trozo de algodón que tenía taponándome el orificio y que impedía el paso del aire.

—Bueno, chico, por fin vas a poder subir a tu habitación sin pisar la escalera —me dijo Alandier de repente.

Giré la cabeza para mirarlo y deposité toda mi atención en él. A pesar de estar repantigado en el asiento, no pude evitar pensar que hasta eso sabía hacerlo sin perder un ápice de elegancia.

—Eso parece. La verdad es que no esperaba que me saliera hoy. —Le confesé.

Alandier esbozó una sonrisa que oscilaba entre la diversión y la sorpresa.

—¿Y eso por qué? Deberías de confiar más en ti. Una vez que lo has conseguido sobre el suelo, ya lo tienes realmente.

Lo miré extrañado.

—¿Y entonces por qué era tan importante tirarme por la escalera? —le pregunté sin poder evitarlo.

La sonrisa de Alandier pasó a expresar únicamente diversión.

—Pues verás, pequeño desconfiado, era importante porque me demostraba que, aunque te había salido sobre el suelo, no lo tenías realmente interiorizado; y una situación... diferente, hubiera hecho que no te concentrases lo suficiente para poder realizar el hechizo; como bien me has demostrado. Si me hubiera conformado con tus primeros intentos y, por alguna razón, hubieras decidido usarlo para bajar las escaleras, ahora mismo estarías esparcido por todo el suelo del recibidor.

No pude evitar estremecerme al imaginarme convertido en un montón de carne, sangre y huesos rotos desperdigado por el piso. Posé de nuevo la mirada en el archimago.

—Pero entonces... ¿aprender magia también es peligroso?

—Todo es peligroso si no se hace del modo correcto.

—Alandier, con el debido respeto, me gustaría saber si hoy he corrido peligro en algún momento.

El otro me sonrió y negó con la cabeza.

—No, Araviander. Si hubiera considerado que existía el más mínimo inconveniente, incluyendo mis altibajos en ese montón de inconvenientes, no te hubiera hecho hacer nada de eso. Jamás te haré hacer cosas que puedan poner en riesgo tu vida ni la de nadie. —Asentí, pero no dije nada. —Mira, chico, por suerte o por desgracia, has acabado en mi academia; y del mismo modo, por suerte o por desgracia, he decidido hacerme cargo de ti.

—Yo lo considero suerte.

—Me alegra que lo veas así. Otra cosa no tendré, pero soy muy exigente a la hora de enseñar magia, creo que es importante que los hechizos se interioricen bien y, por supuesto, practicarlos a menudo. Tú te vas a hartar de levitar.

—Prefiero eso a estrellarme contra el suelo, sinceramente.

Aquel comentario hizo reír a Alandier.

—Creo que ambos estamos de acuerdo en eso. —Hizo una breve pausa.
—Ya verás, ahora porque acabas de empezar y lo normal es que todo te cueste; pero puedo sentir un gran potencial en ti, y tu caso —dijo haciendo referencia a mi mestizaje—, te da una gran ventaja, aunque no te lo parezca. Si lo haces bien y te esfuerzas, lo más seguro es que alcances el título de Gran Mago mucho antes que tus futuros compañeros. Y si sigues por ese camino, puedes llegar fácilmente a archimago, que es para lo que te quiero preparar. Incluso podrías llegar a superarme.

Abrí los ojos hasta no poder más al escuchar aquello.

—Yo no quiero tanto poder. —sentencié.

—Es verdad, es verdad, desapruebas tanto poder. Bueno, en ese caso, me conformo con que llegues a archimago.

Tardé unos segundos en responder.

—A Gran Mago —repuse tajante.

Alandier entrecerró sus enormes y brillantes ojos dorados a la vez que esbozaba una sonrisa divertida.

—Eso ya se verá —dijo sin más.

Sabía que mis palabras no habían cambiado ni una pizca los objetivos que el empecinado mago tenía en mente para mí. No obstante, aunque no sirviera de mucho, el carácter afable de Alandier me demostraba que podía discutir ideas y puntos de vista con él sin acabar atravesado por un

rayo. Algo era algo.